

RAMIRO QUINTERO ACEVEDO

MEMORIAS DE CAFETALES

Memorias del conflicto armado
en Sonsón (Antioquia) desde el sentir
de un recolector de café



*Recordar para dignificar la vida y no volver
a repetir los mismos errores y horrores.*

Memorias de cafetales

Memorias del conflicto armado en Sonsón, Antioquia.
Desde el sentir de un recolector de café.

© Ramiro Quintero Acevedo

Primera edición, febrero de 2022

Diseño de cubierta: Ramiro Quintero Acevedo

Fotografía: Ramiro Quintero Acevedo

Corrección de estilo: Juan David Villa Rodríguez

ISBN 978-958-53929-1-5

Diseño e Impresión: Coop Impresos

Publicado por: Corporación Conciudadanía

Impreso en Medellín, Colombia.

Todos los derechos reservados.

La presente publicación ha sido realizada por la Corporación Conciudadanía con el apoyo financiero del Fondo Noruego para los Derechos Humanos en el marco del proyecto: Memorias que Unen. Su contenido es responsabilidad exclusiva de su autor y de la Corporación Conciudadanía y no necesariamente refleja los puntos de vista del Fondo Noruego y entidades que financiaron su producción.



Conciudadanía
para que los derechos sean hechos



FONDO NORUEGO PARA LOS
DERECHOS HUMANOS

Memorias
que unen
Somos tejido vivo de la memoria



*Hubo una vez un hombre que fue muy feliz,
hasta que la guerra llegó a su casa
y secuestró su sonrisa.*

PRESENTACIÓN

Este libro fue construido con pulso adolorido por las aterradoras visiones presenciadas diariamente durante la dureza del conflicto armado en la zona rural del municipio de Sonsón, Antioquia. Describir el dolor sobre un papel se convirtió en la vía de desagüe de aquel sufrimiento que torturaba mi ser. En la forma de canalización efectiva de las emociones surgidas a raíz de lo vivido, y, también, en una forma de dignificar la vida y los derechos del ser humano violentados absurdamente por los grupos armados.

Cada acto de horror presenciado fue plasmado directamente, o indirectamente (por medio de otros personajes), a través de las historias escritas a mano en un cuaderno escolar con un lapicero de tinta negra. Un intento de poner el dolor sobre el papel para aliviar mi alma y de reforzar los vínculos humanos y la conexión con el sentir del otro que sufría aún más que yo. Muchas de estas historias se perdieron con el paso de los años al quedar escritas en hojas sueltas, cuyo cuidado no pudo ser posible, o porque fueron destruidas intencionalmente por el horror de los acontecimientos, cuya crudeza hacía revivir en mí, años después, el sufrimiento y movilizaba emociones que no podía controlar, que me negaba a enfrentar de nuevo. Quería empeñarme en olvidar.

El acto de catarsis individual que representó la escritura de las historias para no morir de dolor me permitió sobrevivir con relativa salud mental a aquella época terrible, y, posteriormente, darles nuevos significados a las pérdidas, duelos y traumas devenidos de aquel horror, en un intento por comprender el conflicto armado que azotó con tanta dureza los campos de esta, mi tierra.

Cada vez que se escuchaba el tronar de la guerra, se fragmentaba algo dentro de mí. Se disparaban la ansiedad y el miedo. Se llenaban mis noches de pesadillas. Mis días de incertidumbres. Mi futuro se hacía opaco y borroso. Mi presente aciago y tenebroso. Mi dignidad humana débil y vulnerada. Mi esperanza endeble y fragmentada. Mi alma incapaz de albergar tantas emociones negativas. En aquel momento encontré la literatura; aunque no como medio artístico, pues carecía de técnica y estilo, además de aspiraciones literarias, sino más bien como forma de hacer catarsis, simplemente. De sentirme vivo y humano en medio de tanta deshumanización. Entonces, el dolor empezó a conducir los escritos, dibujando a veces con rasgos ininteligibles, otras con suficiente claridad, la tragedia y el clamor de justicia.

Así que en esta obra no se encontrará rigor literario. Las historias son narradas sin tener en cuenta ningún estilo en particular, pues no era esa mi intención. Tampoco pasó por revisión técnica, porque nunca la concebí como obra literaria, y, además, le quitaría la condición genuina de su concepción. En cambio, si puede aplicar

al enfoque de hoy que busca *hacer memoria* con el fin de dignificar a las víctimas y evitar la repetición o el olvido.

Las historias pueden parecer ficticias, pero están basadas en hechos reales. Los nombres de los personajes son falsos, incluso en aquellos relatos donde yo mismo soy el protagonista. Los escenarios no fueron detallados por temor a represalias, o por respeto a quien ni siquiera supo jamás que alguien intentó plasmar su dolor en un cuaderno. Algunas historias contienen tragedias de varias personas, cuya similitud o realidad en ese momento me llevaron a juntarlas en un solo relato. Al final de todo, lo importante aquí no es detallar los nombres de las víctimas o victimarios, locaciones o situaciones específicas, sino la verdad sobre hechos que acontecieron en estas tierras y que necesitan ser visibilizados para la dignificación de la vida y los derechos humanos.

Todo comenzó con la llegada de la guerrilla a mi tierra, el corregimiento Los Medios, en la década de los 90. Junto a la zozobra por la inseguridad presente, vino el horror por la violencia contra la vida y la dignidad de las personas, que se evidenciaba con la muerte o tortura de los delatores o de quienes se negaban a pagar vacunas, así como la destrucción de los bienes materiales, lo cual servía a la guerrilla para sentar *precedentes* de obediencia. Entonces, se llenaron las veredas de escritos en las paredes que anunciaban *muerte a los sapos*, las comunidades de advertencias y prohibiciones, y los hogares de miedo e incertidumbre. Después, entre 1998 y 2002, trabajando en La Soledad Rioverde de Los Montes, conocí la dureza extrema

de aquel conflicto y me sumergí en el infierno de la guerra; la conocí de cerca y soporté sus rigores con la esperanza de que algo cambiara pronto, y la vida, sobre todo su valor universal, prevaleciera por encima de cualquier interés político o económico. Pero me topé de frente con la triste realidad del egoísmo y la irracionalidad a través de la risa de aquel comandante que señalaba la bandera de Colombia que yo izaba en mi patio cada vez que se reunían los integrantes de las FARC con el Gobierno nacional en el Caguán. “¿Usted cree de verdad que esos actos son ciertos?”, preguntaba con burla cariñosa. Entonces, me explicó detalladamente la intención real de esos diálogos con el Gobierno. Casi me derrumbo ante esa desilusión. Todo se resumía en un plan de expansión militar y reconocimiento internacional, y un montón de estrategias más que solo beneficiaban a las FARC-EP y que desmoronaban mis sueños de paz. Luego lo habría de confirmar en la voz de la comandante del Frente 47 cuando aleccionaba y arengaba a su tropa, con la intención de prevenir bajadas de ánimo en los combatientes y motivarlos a continuar con la lucha.

Aprendí a identificar aquellas armas que no solamente intimidan, sino que matan con tremenda facilidad. Intenté acostumbrarme al sonido frecuente del metal de aquellos fusiles en las formaciones diarias de las tropas. A las arengas y discursos *humanistas* que en la práctica se contradecían. A la presencia física de enorme cantidad de hombres y mujeres armados, tan común que eran parte del paisaje de la zona. Aprendí a ver en ellos y ellas los rasgos de humanidad más

conmovedores, pero también aquellas conductas perversas que hacían temblar de pánico mi ser.

Luego vinieron las Autodefensas y la seguridad democrática, y las cosas se agravaron. El horror se intensificó y la paranoia empezó a dirigir las acciones de la guerra, con lo que los civiles terminamos involucrándonos sin saberlo y pagando las consecuencias de la rabia sentida en las tropas. Se nos veía con frecuencia como posibles agentes enemigos, como objetos al servicio obligado de la guerra, como escudos vivos, como medios para un fin.

Fueron muchas las ocasiones en las que vi frente a mí el rostro tenebroso de la muerte, y fueron ocasiones en las que salí ileso o pude aportar significativamente a la dignificación del ser humano: con la mejora o promoción de aquellos actos simbólicos que alivianaban el peso de las víctimas sobrevivientes, como la oración, un abrazo o compañía solidaria; el embellecimiento o construcción de espacios donde ofrendar tributos al difunto; la mejora física del cuerpo antes de ser entregado a la familia. Incluso, el entierro respetuoso de aquellos trozos de tejidos o coágulos de sangre que quedaban regados, luego del transporte brusco y deshonoroso de algún cadáver; la humillación y ruego ante algún poderoso de la guerra para salvar una vida, o ante un religioso para conseguir la bendición de un NN antes de ser sepultado. Al final de todo, esos actos mantuvieron vivo en mí el sentido de humanidad e impidieron que el vínculo con el otro y con la vida se perdiera en la vorágine de aquel conflicto.

Aprendí a identificar la tragedia en las personas, en su moral, su cuerpo y entorno familiar y social. Con tan solo escuchar el sonido de un arma de fuego o de una explosión, sentía expandirse por los aires la voracidad de la muerte y la injusticia, y, con ellos, la certidumbre del sufrimiento humano. Me hice empático y eso reforzó mi humanidad a veces tambaleante cuando el odio movilizaba pensamientos destructivos. También me mantuvo esa empatía vinculado a los otros seres con quienes compartía espacio geográfico, afectos y relaciones. Eso fortaleció mi capacidad de resistir.

Por aquellos tiempos turbulentos, conocí a uno de los más importantes defensores de derechos humanos del departamento: Benjamín Cardona. Este señor se convirtió en mi faro guía e inspiración de una forma de darle sentido racional y coherente a la existencia. Con su humanismo y su discurso de no violencia y nuevas masculinidades, me enseñó a comprender que ese mismo conflicto que arrasaba la zona era producto y expresión de las formas de relación hegemónicas que la humanidad había aprendido del patriarcado. Supe, entonces, que el cambio estaba en cada habitante del planeta. Si adoptamos una nueva forma de ver y valorar la vida y el mundo que nos rodea, cambiamos la forma de relacionarnos con ellos.

Conocí nombres y personas que con su ejemplo y actuación cambiaron el mundo. Como Mahatma Gandhi, que dejó a la humanidad un legado de resistencia sin violencia y de transformación del mundo: “La no violencia es la mayor fuerza a disposición de la humanidad. Es más poderosa que el arma de

destrucción más poderosa concebida por el ingenio del hombre”. Esta idea legada a la humanidad me marcó el alma y se convirtió en la fuente de inspiración para soñar con una sociedad en paz.

También conocí a un grupo de mujeres que, a punta de abrazos, cambia el mundo de las víctimas ayudándoles a resignificar el dolor, permitiendo la reconstrucción de un tejido social destruido por la guerra; ellas le dan esperanzas al Oriente de Antioquia. Las Abrazadas, las Provisame, Amor, Conciudadanía, Prodepaz, la Asamblea Comunitaria, y un montón de gente y grupos sociales que suman esfuerzos para dignificar la vida, tan devaluada por aquellas épocas y tan vulnerada como nunca.

Entonces, me hice sensible y convencido como nunca había estado de que la vida debe tener un solo valor absoluto y universal. El relativismo, cuando se trata de seres humanos, dignidad y derechos, no puede ser aplicado de ninguna forma. A partir de ahí me hice llamar humanista, pacifista y defensor de los derechos humanos.

Por la memoria de tantas personas que no pudieron sobrevivir a este horror, y por aquellas que, habiendo sobrevivido, cargan en sus almas las huellas indelebles de la tragedia. A todas y todos, un abrazo fraternal y la dedicatoria de estas líneas.

El autor

Sonsón, vereda Las Brisas, julio de 2021

Tabla de contenido

LAS HISTORIAS DEL ABUELO	15
ILUSIONES FUGACES	18
CANTO A LA INJUSTICIA	29
EL GALLO PARA EL CUMPLEAÑOS	34
UN TRISTE DESPERTAR.....	39
EL CANTOR	45
PRISIONERO EN LA SELVA.....	47
LUIS ENTRA A UN MUNDO DISTINTO	56
CASA PROPIA.....	60
UN MUERTO SIN NOMBRE	66
FERNANDO	72
LA VIEJECITA TRISTE	78
TROFEO DE GUERRA	80
UN AÑO EN ESPERA	87
LUTO ESPERANZADOR	94
CASTIDAD EN LA GUERRA.....	101
EL SACRIFICIO DE BEATRIZ.....	108
EL ÚLTIMO BESO	117
EL NIÑO QUE NO TUVO TIEMPO DE JUGAR	120
NO QUIERO PARIR UN HIJO PARA LA GUERRA.....	123
EL PLANETA TER	132

■ LAS HISTORIAS DEL ABUELO

Un niño muy pequeño escucha divertido las historias que le cuenta su abuelo, a quien ama entrañablemente.

Durante casi una hora le ha oído hablar de cosas vividas hace muchos años, hasta el punto de hacerle olvidar el intenso ruido de la guerra que se esparce por las montañas contiguas a su casa de campo, sacudiendo la cordillera y bañando los verdores del paisaje con rojo tibio.

—Cuando era joven y gran cazador, me iba con mi papá y un tío al monte y matábamos conejos, gurrees, tatabras y otros animales que usted no conoce, mijo, porque ya se acabaron.

—Abuelo, ¿no le daba miedo en un monte de noche?
—pregunta el niño mientras cruza los brazos para atenuar un escalofrío que le recorre de súbito al imaginar una situación así.

—¿Miedo?, ¿de qué, mijo?

A pesar del gesto de extrañeza del abuelo, el niño responde con toda naturalidad, como si sus miedos fueran plenamente conocidos por él:

—Pues de las brujas, patas solas...—. Y encoge los hombros mientras hace gesto de admiración a la valentía de su abuelo.

—Cuando se nos aparecía una bruja o cualquier ser de esos, nosotros rezábamos y les mostrábamos el escapulario para neutralizarlos, o si era bruja, la amenazábamos con el machete: ¡eso sí les tienen miedo a los machetes, mijo!

—¿Y se iban?

El niño sonríe al abuelo y se aproxima más a él hasta recostar su cuerpo en el suyo, y mientras el abuelo le acaricia el cabello, le responde:

—Sí, mijo, se iban inmediatamente.

El abuelo hace una pausa llena de nostalgia y recoge al niño sentándolo sobre sus piernas para luego abrazarlo con fuerza.

—¿Qué más veía, abuelo?

—Veíamos unos pájaros llamados pavas, eran regularmente grandes y muy escandalosos, ¡pero peligrosos! Si uno los insultaba o decía malas palabras, ellas hacían magia y lo transportaban a uno hasta sitios muy alejados de ahí, y luego había que rezar mucho para que lo devolvieran al lugar de uno; además, si se les disparaba, se dañaba la escopeta.

Con gesto de profunda extrañeza, el niño inquiere:

—¿Cómo que se dañaba la escopeta?

—Sí, mijo, es que hay animales muy sagrados o misteriosos, y no se les puede matar sin que como castigo se le dañe a uno la escopeta. Es el mismo caso de los gallinazos, esos que usted sí conoce, mijo: Dios los puso para que limpiaran el mundo de impurezas y es pecado matarlos, la escopeta siempre se daña después de disparar.

El niño desorbita sus ojos demostrando con ello una gran ilusión. Interrumpe a su abuelo con una pregunta que esperó la más sabia de las respuestas:

—Abuelo, ¿por qué los fusiles de la guerra no se dañan cuando matan personas?

El abuelo tuvo que repasar toda su existencia procurando hallar una respuesta a la pregunta, y vio escapar su vida sin encontrarla.

■ ILUSIONES FUGACES

Aurelio camina entre el pesado ajeteo de la avenida y el ensordecedor y perenne sonido de carros y gente que se deslizan tan rápidamente como si estuvieran huyendo de la muerte.

Una terrible ansiedad hace palpar el corazón de Aurelio, con tanta fuerza que pareciera querer escaparse de la caja torácica y salir huyendo hacia donde no haya preocupaciones ni necesidades urgentes por satisfacer.

Su mano se desliza temblorosa hacia el interior del bolsillo de su pantalón y extrae de él un recibo de chance con un número de cuatro dígitos en el que desde ayer, cuando lo compró, puso todas sus esperanzas, con la fuerza y el ansia del desesperado que no tiene otra opción.

Sus ojos reparan en el puesto de venta de chances y loterías al que se ha acercado, y repasan el tablero en el que están resaltados los números jugados, con la ilusión de ver el suyo ahí escrito, mientras la vendedora, sentada en el interior de la pequeña cabina, lo mira con la alegría de ver llegar el cliente que mejorará sus ventas.

—A sus órdenes, señor —se le ofrece con voz dulce y dejando ver tras su sonrisa una dentadura perfecta.

Aurelio extiende su brazo tembloroso hacia ella entregándole el recibo de chance. Hace un esfuerzo por expresar lo que desea, pero la voz huye de él, temerosa por salir afuera. Solo puede emitir un sonido indescifrable.

La vendedora recibe el chance y, tras mirarlo de soslayo, le lanza a Aurelio una mirada inquisidora, a la que este se ve obligado a responder expresándole su deseo.

—¿Me puede decir si yo anoche ga...?—. Iba a decir la palabra *gané*, pero la encontró demasiado pesada y muy afortunada para su mala suerte; así que la cambió por otra.

—¿Qué número cayó anoche?

La vendedora repara en el tablero y le señala con su dedo el número de la lotería jugada la noche anterior. Los ojos dilatados de Aurelio brillan con la ilusión a flor de piel y se desvanecen luego ante las palabras de la mujer, que le llegaron tan desgraciadas que casi la odió.

—No cogió ni un solo número, señor.

El pavimento se abrió bajo sus pies y una sensación de letargia pareció empujarlo hacia el fondo de un

abismo tan oscuro como el destino y su suerte, y tan frío como el corazón hambriento de ayuda, que queda desamparado y sin en que apoyarse para seguir latiendo.

Tras las palabras de la vendedora se fueron las ilusiones que traía desde la noche anterior y que conservó a través de las muchas calles que recorrió en esta bulliciosa ciudad mientras se dirigía a ese lugar. Ilusiones que significaron la solución transitoria de las necesidades presentes: mañana se vencía el plazo para pagar el arriendo de la casa en la que estaba viviendo con su familia. Con la tenue ilusión que vislumbró pudo pagar no solo el arriendo, sino otros más. Además de un mercado completo y abundante que atenuara el hambre de su familia por unos días.

Ahora el número expresado por la vendedora lo estrella con violencia contra la dureza del mundo y de la ciudad que lo ha devorado desde hace cuatro meses, cuando llegó a ella. Mañana debería pagar el arriendo o, de lo contrario, tendría que abandonar la casa, sin otro lugar a donde ir. No disponía de dinero ni trabajo para ganárselo. Solo contaba con un billete de 2000 pesos en su bolsillo, el cual se esfumaría entre las manos de algún chofer de bus, al que pagará su regreso al barrio marginal donde habita.

Con enorme desaliento recibe de manos de la vendedora el chance no ganado y lo arruga entre sus manos con fuerza. Sus dedos rígidos le imponen una energía adicional impulsada por la venganza, la rabia

hacia la vida y la frustración, además del desespero y la impotencia más grande del mundo.

Luego arroja al pavimento el pequeño balón en el que ha quedado convertido el frágil papel y observa desconsolado cómo el viento lo impele con firmes intenciones de llevárselo lejos.

El papel se deja arrastrar por las corrientes que provocan los carros que pasan vertiginosos, arrastra consigo la esperanza de solución a un problema inmediato y aterrador. Se va con el dinero del arriendo, el techo en el que necesariamente ha habitado con su esposa y su pequeño hijo. Se va también el mercado abundante que imaginó comprar. Se va la esperanza, dejando traslúcida la realidad agobiante de una vida de citadino a la que no estaba acostumbrado y que no podía aguantar más.

Los pasos se arrastran con pesadez por el áspero pavimento sin dirección fija. Una sensación de cansancio le aplasta el cuerpo y amenaza con desplomarlo. Un deseo inmenso de llorar lo asalta y tiene que forzar sus ojos para bloquear las lágrimas que comienzan a brotar de su compungida alma. Una fuerte puja se desata en el interior de su ser. El amor por su familia trata de guiarlo hacia una posible salida. La realidad inmodificable lo impulsa a mirar la calle y sus carros que pasan veloces como una salida rápida a su fatal destino.

Un gemido lastimero se deja escapar de su alma y la ansiedad le aprisiona el tórax hasta casi asfixiarlo.

Se deja arrastrar por las corrientes angustiantes de su destino, que lo impele hacia la malla metálica que rodea un parque, y aferra de ella sus manos desesperadamente no solo para asirse, sino también para evitar lanzar su cuerpo hacia las llantas de los vehículos que le ofrecen una pronta y efectiva solución a sus problemas.

Solo las imágenes de su niño y su amada esposa le advierten que la vida tiene sentido. Lo demás es tan fatídico y aciago que no tendría sentido luchar más.

Por un instante, la risa de su pequeño y los balbuceos que él ha intentado descifrar como la palabra *papá*, sumados a la imagen tierna y amorosa de su esposa, lo chocan de frente con su destino y se bifurca en dos caminos tan opuestos como innegables. Él es la esperanza de su familia para sobrevivir en esa ciudad a la que fue lanzado por las desgracias del conflicto armado, pero, a la vez, esa responsabilidad y su inminente incapacidad para enfrentarla, con la paupérrima situación en la que se encuentra, lo asaltan tanto que quiere lanzarse por la primera ventana que le ofrece salida.

Un terrible escalofrío lo sacude al tomar conciencia de su impulso súbito y suicida. Un enorme remordimiento le aprieta el alma y lo hace gemir lastimero. Pero la terrible confusión que enfrenta lo pone en el filo de la capacidad humana para resistir. Su capacidad resiliente se resquebraja ante la imagen altiva y fuerte de la realidad que enmarca su mundo.

Hace cuatro meses que llegó a esta inmensa ciudad, desplazado de su vereda por cuenta del conflicto armado. El Estado, a través de Acción Social, le ha proveído la asistencia humanitaria de emergencia a la que tiene derecho. Durante los tres meses anteriores, recibió subsidio para arriendo y mercado, pero esto ha terminado. El Estado no puede hacerse cargo por más tiempo y lo deja abandonado ante la terrible y desesperante situación de vivir en una ciudad sin tener donde trabajar para subsistir. Sin vecinos que lo apoyen, como sucedía en la vereda. Solo e indefenso ante una sociedad indiferente y desconocida. Inutilizado por la fuerza de la violencia que le podó su única posibilidad de vivir: la agricultura y su finca. Solo ante la posibilidad de despertar mañana sin un techo bajo el cual protegerse, sin alimento, sin horizonte hacia el cual mirar. Con una vida, sí, pero sin la más mínima posibilidad de vivirla con dignidad.

Por un momento duda, aferrado a la malla metálica, sin atreverse a tomar una decisión. Al frente están el pavimento y los carros, al lado, la acera por la que caminaría hacia el bus para regresar a su casa con las manos vacías. Al frente está su futuro más inmediato, aunque cruel y egoísta. Al lado, el futuro aciago y sin respuesta.

Solo la decisión que fortalece el amor de una familia lo empuja a caminar por la acera atiborrada de gente, en dirección al paradero de buses, donde lo espera uno para llevarlo a su casa. Los pasos continúan siendo lentos, aletargados.

Por un instante, la ilusión regresa a él al pasar por un sitio público de juegos con máquinas traga monedas. El sonido cautivador de las monedas cayendo al recipiente de un afortunado lo arrastra hacia el interior de aquel sitio.

Con decisión, extrae de su bolsillo el billete de 2000 pesos, con los que pagaría el pasaje del bus, y lo extiende al hombre que lo cambia por monedas. Sabe de sobra que esta es la última oportunidad para salir de su problemática. Una esperanza tenue como la del chance, lo sabe, pero esperanza, al fin y al cabo.

La primera moneda desaparece por el orificio llevándose consigo la ilusión convertida en familia, arriendo y comida. La mano se aferra con firmeza a la palanca, que mueve ansioso hasta el punto de la buena suerte. El sonido que emite le parece paradisiaco. El movimiento vertiginoso y rítmico de las ruedas internas le arrastra su ansiedad, mezclándola con la música electrónica que la acompaña. Aurelio observa el girar interminable de esas ruedas y ve pasar en ellas los dibujos que inevitablemente se tendrán que alinear para entregarle la cantidad que necesita.

Por fin, el sonido de la música, que ya se hacía infernal, y el giro constante de las ruedas, que lo empezaban a marear, llegan a su fin, y un traquido interminable los sucede. Las monedas caen una tras otra, chocando su cuerpo metálico con el metal del recipiente donde descansan para ofrecerle a Aurelio la posibilidad soñada.

El sonido intermitente del metal arrastra al ansioso hombre a través de los parajes fantásticos y bellos de su familia. Un sentimiento de profundo alivio y agradecimiento invaden su ser. Casi puede ver el rostro sonriente de su pequeño ante la comida digna y limpia que le ofrece la madre. Casi tangible está el rostro satisfecho de la esposa, con un gesto de eterna felicidad. Aurelio siente que valió la pena pasar por las más duras pruebas. El sonido del metal le paga uno a uno todos los sufrimientos vividos hasta ese momento.

Su sueño era tan claro y poderoso que casi lo sustrae de su actual tarea: recoger las monedas para contarlas y así saber si le alcanzan para pagar sus obligaciones. Son tantas las monedas que casi no le caben en las manos. Las cuenta con avidez. El resultado son 10.000 pesos.

Observa cómo el cantinero lo mira en espera de una señal que le indique que desea cambiar el dinero por billetes, pero Aurelio le hace un gesto de querer seguir jugando.

Con la sensación de que la suerte está de su lado, deposita las monedas en el lugar donde cayeron y toma unas cuantas para depositarlas en el orificio y así transformarlas mágicamente en la cantidad que requiere. Sabe que los 10.000 pesos ganados no servirán más que para pagar cinco o seis buses. No podía comprar con ellos mercado, ni mucho menos pagar arriendo. Pero su ilusión lo lleva a pensar que la suerte le completará los 140.000 pesos que necesita para el arriendo de su casa.

Una a una, las monedas van ingresando al orificio metálico y no salen más. El sonido de las ruedas al girar, las luces y la música aumentan en Aurelio su deseo de multiplicar cada moneda depositada. Cada moneda representa la opción de salirle al paso a la desgracia que quiso noquearlo. Pero tras una se iba otra y otra más, hasta que la ilusión se fue transformando en ansiedad disparada por el miedo a perder y caer de nuevo en la situación de minutos atrás.

La montaña de monedas decrecía a un ritmo alarmante y, conforme se hacía pequeña y la ansiedad aumentaba, los brazos de Aurelio se aferraban con fuerza a la palanca, imprimiéndole la potencia de su deseo interior, volcando sobre ella toda su energía, con el fin de influenciar a la máquina para que regurgite las monedas y no lo arroje de nuevo a las fauces de la desesperanza.

En solamente unos instantes, la montaña de monedas se ha agotado; quedaron solamente los residuos lastimeros y humillantes de tres monedas, las cuales luego se convierten en dos y, por último, en una sola que representa la puerta de salida a la luz o el ingreso a la oscuridad del averno.

Con esta última, Aurelio pone un especial interés. Vuelca sobre ella toda su energía vital, quiere bañarla de buena suerte, mientras una sensación de contraste se abre paso en su alma.

Se ha quedado sin dinero para pagar el bus. También sabe que solo un milagro podría hacerle recobrar lo perdido. Pero la esperanza, aunque tenue y macilenta, se aferra obstinada a él. Quizás esa moneda le haga levantar el vuelo nuevamente hacia la esperanza.

Su mano temblorosa y húmeda se extiende sobre la palanca intentando no dejar escapar la energía de la buena suerte, mientras la otra aprieta la moneda imprimiéndole toda su ansiedad y desespero, y la deposita en el orificio metálico con lentitud, sintiendo cada pequeña característica del sonido al caer dentro de la máquina. Después y antes de hacer girar la palanca, rodea con esa misma mano el cuerpo frío de esta máquina para no dejar escapar la suerte por ningún lado.

El sonido de esa palanca descendiendo hasta el punto máximo y el ruido de las ruedas arrancando el giro definitivo le absorben a Aurelio la respiración. Casi el corazón ha dejado de palpar y pareciera que sus funciones orgánicas se detienen para no estorbar el resultado.

El tiempo se hace eterno. Tanto que tuvo tiempo para pensar en su niño y escucharlo balbucear sus primeras palabras. Tuvo tiempo, además, para ver a su esposa, hermosa como siempre. Hasta pudo escuchar el mugido de la vaca que impaciente le exigía el ordeño diario. Tras ella, los sonidos exóticos de su vereda lo invadieron y le reemplazaron el metálico de la máquina, transfiriéndolo así con magnificencia al éxtasis del

mundo hermoso y sin sufrimientos. Tan absorto estaba que casi no escuchó el sonido de la máquina detenerse sin arrojar resultados favorables.

Al percatarse, lo sacudió en gélido espasmo. Súbitamente se apagaron las emociones en su alma. De repente no hubo ni frío ni calor, ni hambre ni ninguna necesidad para satisfacer. Una extraña sensación de metal le invadió el cuerpo. Creyó que se había fundido a la máquina y, como ella, no sentía ni necesitaba absolutamente de nada.

■ CANTO A LA INJUSTICIA

¿ De qué sirve ser bueno en la vida si solo a los pobres nos toca sufrir?, dice una canción popular, ahora entonada tristemente por la voz del joven cuyo rostro se halla desencajado por el dolor y la rabia ante la injusticia.

Sus pasos lentos y pesados recorren la pequeña casa de bahareque, cuyos pisos de cemento rústico soportan valientemente su caminar.

Sus ojos empequeñecidos y llorosos se mantienen bajos desde el momento en que llegó a su casa la orden de los poderosos del conflicto: la expulsión de toda su familia. Orden que los enfrenta a la repetición de la escena ocurrida tan solo dos meses atrás, cuando tuvieron que abandonar la vereda, también por orden de otros actores del conflicto.

Sin dejar de entonar la canción que ha adoptado como himno a la injusticia, llega hasta la puerta de la cocina, donde su madre intenta desayunar en compañía de su pequeño hijo, el menor de la familia. El joven interrumpe la canción y, mirando a su madre, expresa con rabia:

—¿De qué sirve ser bueno en la vida?—Hace una pausa para tragar saliva, molesto, y continúa con profundo

sentimiento—. Si fuéramos malos y tuviéramos fusil, nadie nos molestaría.

Estrella su puño contra el marco de madera de la puerta, mientras la madre horrorizada baja la cabeza e intenta con mano temblorosa hacerse sobre la frente la señal de la cruz.

Ella se queda así, con la cabeza baja, quieta, sosteniendo sobre sus piernas el plato de arroz, hasta que el joven se retira a continuar con su errar y canto por toda la casa.

El niño, al observar cómo su madre levanta la cabeza, repara en unas lágrimas que ruedan por sus mejillas, y aunque no comprende la magnitud de lo acontecido en su familia, intenta animarla:

—¿Nos vamos a vivir a Medellín? Vamos a vivir mejor allá, ¿cierto, mamá?

No obtiene respuesta. Al ver que su madre baja la cabeza de nuevo, el niño continúa hablando en monólogo:

—Dicen que Medellín tiene muchos carros y edificios muy altos...—. El niño se detiene y se queda mirando fijamente a su madre, quien con la cabeza baja pareciera llorar en silencio. Se da cuenta porque observa una lágrima caer sobre el arroz que ella intenta desintegrar con el borde de la cuchara en monótono ritmo.

—Mamá, ¿es que le parece mejor vivir aquí, en el pueblo?

El niño habría de pagar por su inocente comentario. La madre se incorpora de un salto y lo empuja molesta, al mismo tiempo que arroja sobre la mesa el plato de peltre hasta casi derramar su contenido. Se queda allí, de espaldas al niño, quien se encorva contra la banca de madera en la que está sentado y la pared de bahareque para dar rienda suelta a su enorme angustia.

Los sollozos aumentan con los segundos. El niño no puede entender lo que está pasando, pero le da mucho miedo. Se siente solo, desvalido, impotente para calmar el dolor de la madre, imposibilitado para contrarrestar su propia angustia. Solo atina a gemir y sollozar, hasta que la madre se vuelve hacia él y lo abraza con fuerza, unen sus sollozos y se quedan ahí largo rato, mientras en la casa retumba el canto rabioso del joven.

El joven, sin dejar de entonar su canto a la injusticia, intenta empacar dentro de una caja de cartón sus propias pertenencias. La hermana mayor, recostada en su cama, observa cómo canta con la misma rabia con la cual arroja al interior de la caja sus dos pantaloncillos rotos de tanto uso, una camisa y un *jean* desgastados, así como dos pares de medias también rotas en el talón y las puntas.

Al terminar de empacar estas, sus únicas pertenencias, dobla la caja y la amarra con una cabuya, sin dejar de

entonar la canción: “Las injusticias que he visto en la vida, por más que las pienso, no logro entender por qué causa no somos iguales si estamos formados por un mismo ser”.

La hermana observa con ojos húmedos por el llanto que su hermano se aleja de la habitación llevando bajo su brazo la caja. Salió sin atreverse a mirarla, no ha querido compartir con ella su dolor como tantas veces lo hizo, en otras ocasiones en que se hallaba triste. Pareciera que su rencor era demasiado grande. A él lo vio llorar cuando la guerrilla los desplazó de su vereda, pero lo vio levantarse con estoicismo sobre la adversidad, e intentó, junto a su familia, rehacer su vida aquí en el pueblo, lejos de su finca, sus cultivos y sus animales. Pero ahora, al venirse encima un segundo desplazamiento, lo ve derrumbarse estrepitosamente.

Sí, no hay duda de que la guerra se había ensañado con su familia. Primero, la guerrilla allá en el campo, ahora los paramilitares aquí en el pueblo, y lo peor es que ella también está desalentada. Son las 10:00 y no tiene ganas de levantarse de su cama. No tiene hambre, y aunque sabe que debe salir para la ciudad en el bus de la 1:00, no quiere despegarse de la cama cálida, a la que se había acostumbrado en estos dos meses que llevan viviendo allí.

Sentado en el borde de cemento de la puerta de entrada de la casa, el esposo vaga con su mirada por la calle que pasa a esa hora de la mañana con su rutina normal, indiferente a su dolor, incapaz de ofrecerle solución alguna a su desesperanza.

Él también sufrió cuando tuvieron que abandonar la finca y venirse a este pueblo como desplazados, pero, al menos, en esos dos meses allí habían sobrevivido porque alrededor del pueblo se levantaban extensos terrenos cultivables, lo que le ofreció la posibilidad de desarrollar su única capacidad para ganarse la vida y la de su familia: la agricultura. Recordar que en unas horas viajarán a la capital lo estremece con horror. Allá no hay agricultura, solo cemento e industrias. ¿Cómo sobrevivirá allá si solo sabe trabajar la tierra? En fin, Dios sabrá, piensa, tratando de consolarse un poco ante la terrible realidad que tiene ante sus ojos.

Los paramilitares les habían dado plazo hasta hoy para irse lejos. No pueden regresar al campo porque allá está la guerrilla, así que solamente existe la ciudad como única solución. Esta le ofrece la posibilidad, al menos, de seguir vivo junto a su familia.

En la ciudad habita tanta gente que ni guerrilla ni paramilitares sabrían de su existencia, y no tendrían que molestarlos más. Eso parecía ser bueno, pero la idea de cómo sobrevivir lo atormentaba. Por más que le daba vueltas en su cabeza, no hallaba solución alguna.

Estuvo sentado tanto rato que olvidó el tiempo e ignoró la rutina de la calle con vehículos y gente que pasan frente a él con su ruidoso ir y venir, hasta que un grito venido desde el interior de la casa lo devuelve a la realidad:

—Papá, ya casi es la 1:00. Vámonos ya.

■ EL GALLO PARA EL CUMPLEAÑOS

El gallo interrumpe bruscamente su canto y salta alarmado ante el choque violento de un palo contra las latas de guadua de su corral, al que sacude como si lo fuera a colapsar.

—¡Maldito gallo! —le grita la mujer, furiosa ante el infortunado canto del animal. Son las 4:00 de la tarde y le aterra el canto del gallo a esas horas, porque le augura una inminente desgracia.

—Deje en paz al gallo —le dice el esposo sonriente, que la observa sentado en una banca de madera—. Es que ahora los gallos son más modernos y cantan a cualquier hora —termina burlón ante los agujeros de su esposa.

Julián, su hijo, quien está sentado a su lado, celebra la gracia de su padre con una estruendosa carcajada.

—No se ría, mijo, que si mato al gallo, usted se queda sin fiesta para mañana —le dice la madre ya en un tono más distenso.

Mañana Julián cumplirá 13 años y lo celebrará con una torta que le acaba de hacer su madre y un almuerzo, precisamente con la carne del gallo, que ella ha cuidado con esmero desde hace meses para este fin.

Es la primera vez que en la familia se celebrará un cumpleaños. Normalmente, esas fechas pasan inadvertidas, pero ahora quieren homenajear al niño porque ya se ve su paso a la adolescencia. Ya parece un hombrecito y comienza a recibir tareas como el futuro hombre de la casa. Se le había asignado un cafetal para que lo trabajara él y con ese producto se comprara su propia ropa. Además, se le había comprado una ternera para que la cuidara e hiciera de ella un patrimonio sacándole crías. Realmente, la familia había procurado construirle un futuro prometedor a su único hijo. Le habían inculcado el valor de la vida y la moral, así como el del trabajo honrado y juicioso de la finca que algún día heredaría.

Mañana le celebrarían con el sacrificio del gallo la inminente salida de la niñez y su arribo a la edad de las responsabilidades y el trabajo.

La madre, en tono seguro, anuncia algo que el esposo y el hijo escuchan sin preocupación:

—Si vuelve a cantar, lo mato hoy mismo; total y la carne no se dañará para mañana.

Luego, ya en un tono más bajo, casi en susurro:

—¿O será que va a pasar una desgracia?

El esposo intenta tranquilizarla:

—No va a pasar nada, esos son agüeros.

—¡Quién sabe mijo! —le responde ella—: un canto de gallo en el día siempre anuncia una desgracia.

El niño salta de su banca al recordar algo y grita casi con asombro:

—¡Se me había olvidado ir a traer las yucas!

—Claro, mijo —le dice la madre—: ¿qué le vamos a echar al sancocho? Vaya por ellas.

El niño corre presuroso al cuarto de las herramientas y toma un azadón y un machete; sale corriendo por el camino hacia el lote donde están sembradas las yucas. Casi no escucha la advertencia del padre:

—No se vaya a dejar coger de la noche, mijo.

Ambos, padre y madre, se quedan observándolo correr por el angosto camino hasta que se pierde por entre la maleza y el cerro.

Tan solo había desaparecido el niño tras el cerro, adentrándose hacia el yucal, cuando el gallo canta de nuevo; la madre se estremece y presa de una gran angustia se dirige hacia él dispuesta a cumplir su amenaza. Lo agarra, lo saca del corral y con mano decidida lo aprisiona de las patas mientras con la otra mano lo toma por el cuello para llevarlo a sus piernas, apoyarse y ahorcarlo.

Solo ha hecho una vuelta en el cuello del animal cuando una fuerte explosión sacude la casa.

Ambos palidecen, una corazonada toma fuerza. Temen por la suerte de su hijo y no saben qué hacer. Desorientados, se miran, hasta que la madre reacciona primero y le grita a su esposo:

—El niño cayó en una mina.

El esposo salta hacia el patio y observa el cerro desde donde vino el sonido de la explosión. Allí detrás está el yucal y allá fue Julián.

De pronto, la certeza de que su hijo lo necesita lo lanza a correr en su busca. Corre como nunca lo ha hecho. Corre con las más nefastas y torturantes ideas rondándole la cabeza. Él ha ido muchas veces a auxiliar a los vecinos caídos en minas. Sabe de sobra lo que estas peligrosas y traicioneras armas hacen a los cuerpos de los que las pisan. Se estremece de pánico al recordar las mutilaciones terribles que ha visto y mucho más se estremece al imaginar que su niño está en esa situación. Corre con más fuerza.

La esposa, recostada sobre el alambrado de púas que sirve de cerca para que el ganado no se salga del potrero, observa que su esposo corre entre la maleza y lo ve pasar al otro lado de la montaña. Al verlo desaparecer, su angustia aumenta y aprieta con fuerza el alambre mientras llora desesperada.

—Ojalá y mi niño no haya caído en esa mina —susurra repetidamente invocando a Dios en medio de sollozos interminables.

El tiempo se hace eterno desde que el esposo pasó al otro lado de la montaña. Sus ojos no quieren parpadear porque cree que se puede perder el momento en que asomen ambos, padre e hijo, al filo del cerro.

En su imaginación ve asomar la silueta de los dos caminando de regreso a casa con las yucas al hombro,

lo que le indicaría que la mina no explotó bajo los pies del niño. Se ilusiona al recordar que otras han explotado ante el paso de los animales del monte; quiere conservar esa ilusión hasta que aparezcan las siluetas de los dos en el borde de la montaña.

De pronto, y cuando creía que no iban a aparecer, observa cómo surge de entre la imponente forma del cerro una silueta, la cual se va haciendo cada vez más grande.

Es su esposo, no hay duda. Lo reconoció, pero no ve a su hijo a su lado. Se estremece de nuevo: el paso lento y aparentemente pesado del esposo le hace advertir una tragedia.

Conforme va entrando en la parte frontal de la montaña, su silueta se va haciendo más evidente. Entonces, ella reconoce con pánico que trae al niño cargado en sus brazos. No puede saber el estado del hijo, pero tiene la certeza de que la mina explotó bajo sus pies. La idea de la muerte o de la mutilación de su cuerpo le llega instantáneamente. Jamás creyó que algo así le pudiera ocurrir. Nunca imaginó que la tragedia cruel y traicionera de la guerra le tocara la puerta de su casa, y justo en la vida de su niño. Nunca hubiera imaginado que, a unas horas de cumplir años, recibiera de la injusticia el regalo más nefasto, cruel y aciago.

El gallo sí estaba anunciando la llegada a su hogar de la tragedia. Una muy cruel, de las tantas que procura la guerra: las minas antipersona.

■ UN TRISTE DESPERTAR

Lentamente los pensamientos retornan a su cabeza. Atrás va quedando el aturdimiento provocado por la anestesia. Poco a poco, el hombre se va dando cuenta del lugar en el que se encuentra. Los sonidos monótonos de los equipos comienzan a tomar forma en sus oídos y cerebro dándole la noción de lo que ocurre. El suero pegado a una de sus venas intenta inocularle vida. Todos los tubos y aparatos pegados a su anestesiado cuerpo intentan mantenerlo vivo, monitorean sus funciones orgánicas y, con su sonido, luces y cifras, les indican a los médicos que sigue aquí. También a él le dan la certeza de que sigue vivo, a pesar de la brutalidad del accidente, a pesar de la sensación de adormecimiento en su mente y cuerpo, a pesar de la sensación de haber viajado en brazos de la muerte hacia valles infinitos, oscuros y fríos, y regresar a donde los ruidos advierten la existencia de vida.

A su lado, la esposa lo observa con la contradicción en su rostro: una aparente tristeza reflejada en sus ojos humedecidos y cansados, junto a la alegría de saberlo vivo y de regreso a ella.

A pesar del aturdimiento, el hombre observa este contraste y percibe que la tragedia no ha terminado.

Tal vez esté vivo, pero ¿en qué condiciones? Una terrible lógica toma forma en su mente: si la tragedia es observable en el rostro de la mujer aunque se salvó de morir, algo muy importante se tuvo que haber perdido, tan importante que ella no puede ser feliz. Entonces, un escalofrío lo sacude, aunque casi no siente el cuerpo. Las imágenes del momento de la explosión de la mina bajo sus pies le advierten de la posible pérdida.

Trata de moverse en la cama, pero un dolor que lo asalta de súbito y cuyo origen no puede descifrar le recuerda que aún posee un cuerpo que siente y le admite la certidumbre de haber sufrido un gran accidente. Como si despertara algo que había estado dormido, inducido por la anestesia y los analgésicos que entran mezclados con el suero a sus venas, comienza a sentir lentamente la invasión de un dolor que se hace cada vez más fuerte.

—¿Le ayudo? —le pregunta ella con voz tierna y conmovida, a la vez que intenta apoyarlo para que se ponga en la posición que quiere.

Él la mira con el dolor reflejado en sus ojos y su rostro semidesencajado y le hace señas de no querer moverse. Son dos temores los que lo agobian: el uno es el temor de despertar dolor en su aporreado cuerpo con un movimiento y el segundo es comprobar que en la parte inferior de su cuerpo no hay nada para mover.

La lucidez retornando a su mente le permite anticipar las secuelas del accidente con lo que él siempre llamó *el pecado de la guerra*: las minas antipersona. No se

atrevió a darle un nombre, ni mucho menos imagen, a esa secuela, pero la percibió fuerte, clara y terrible.

Es evidente que a pesar del entumecimiento del cuerpo, hay una parte de él que no se alcanza a percibir por completo. A veces siente llegar a su cerebro información sensorial distorsionada, como en las demás partes del cuerpo, pero en otras es claro que falta algo. Y esa falta lo aterra de tan solo pensarlo.

No se atreve a preguntarle nada a su esposa, que se halla a su lado con las manos sobre él, en espera de ayudarlo a moverse. Ella tampoco le dice nada. Ambos están sumergidos en un silencio cómplice, pues ya cada uno sabe lo que ocurre, pero el dolor de la tragedia no los deja hablar.

Él se siente cada vez más desafortunado y quiere gritar, pero sabe que eso le daría la certeza absoluta de aquello que no quiere confirmar aún. Mantiene la esperanza de conservar sus piernas debajo de su aturdido y entumecido cuerpo, y de que su esposa solo esté triste por la tragedia del accidente y las penurias que había tenido que pasar en ese tiempo con él allí, en cuidados intensivos.

El tiempo. Ahora esa noción le da la posibilidad de alargar más la hora de comprobar lo que no desea saber. Quiere guiar sus pensamientos hacia la idea del tiempo, entonces imagina que había llegado ayer a ese hospital y lo habían operado de inmediato, y que ahora despertaba normal, con tendencia a la recuperación.

No quiere preguntar tampoco por el tiempo: prefiere pensar que el accidente ocurrió ayer, lunes, cuando se dirigía a trabajar su cultivo de frijol. Era ayer, lunes, el comienzo de una semana que él anticipó como dura, ya que tendría que desyerbar el cultivo para luego dedicarse a recolectar el café, el cual maduraba con rapidez, apurado por las lluvias de ese frío octubre.

Ayer, sí. Ayer lunes, hoy martes. Dos días para nunca olvidar. Ayer un accidente nefasto y hoy una tristeza, un dolor en todo el cuerpo y un miedo terrible a recibir malas noticias. Ayer, lunes, voló por los aires impulsado por una fuerte y traicionera explosión, alcanzó a ver sus piernas despedazadas antes de perder el sentido.

La imagen de sus piernas con la carne desprendida y los huesos expuestos lo sacudió y lo acercó a la realidad presente. De nuevo desvió esa idea tratando de pensar en otra cosa, mas no halló en qué más enfocar su mente. Para no enfrentar su fantasma, decide hablarle a la esposa:

—¿Cómo me trajeron aquí? —le pregunta en tono lento, parsimonioso, queriendo dilatar en lo posible la tragedia.

Ella le responde con extrema dulzura, como si no quisiera dañar un objeto delicado:

—Lo recogieron los vecinos, lo trajeron en una camilla que hicieron... —Hace una pausa para tragar saliva, tan fuerte que él escuchó cada movimiento de esta

saliva en su descenso hasta el estómago—. Don Ómar fue el que lo encontró...

Ella inclina su cabeza para sollozar, él advierte su evasiva. Sabe que no quiere mostrar su dolor delante de él para no preocuparlo, pero es demasiado fuerte el peso de la realidad y no se puede contener. Entre sollozos, termina diciendo:

—Si no hubiera sido por él, que lo encontró a tiempo...

No puede terminar, pero él le entiende. Siente agradecimiento hacia don Ómar, que lo recogió antes de que se desangrara, pero de nuevo la sensación de haber quedado lisiado se interpone. Entonces, decide aproximarse a lo temido y con timidez pregunta:

—¿Qué día es hoy?

—Sábado —le responde ella.

La dimensión de la tragedia toma fuerza en su mente consciente. Ha pasado casi una semana en este sitio. No tiene duda de que es grave lo ocurrido. Más decidido aún, ya en tono amargo:

—Tal vez hubiera sido mejor que me dejara morir.

Ella lo mira con asombro. Una terrible angustia la asalta, y la refleja en su rostro.

Él, cada vez más en descenso hacia el abismo de la depresión, le dice con un tono tan cargado de emoción que ella no puede más que estallar en llanto:

—¿De qué sirve quedar vivo y sin piernas?

Ella no le dice nada, su llanto liberado sin restricciones se esparce por su rostro hasta caer sobre las cobijas. Sus manos se aferran con fuerza al cuerpo del esposo e inclina la cabeza luego sobre la de él para compartirle todo su dolor.

Él se siente cada vez peor. El dolor físico, que aumenta con los minutos, no tiene importancia frente al dolor psíquico ante la desgracia enfrentada ahora con nombre propio, ya sin restricciones defensivas; una tragedia que lo reduce a él a un despojo inútil por su invalidez, tan infeliz como nunca llegó a ser.

■ EL CANTOR

Es un día normal en el cafetal. Los trabajadores arrancan los granos maduros y los recolectan en tarros de plástico que cuelgan de sus cinturas.

Un joven canta la mayor parte del tiempo las canciones de sus ídolos rancheros. Desde una alta rama de un árbol de aguacate un pajarillo de colorido plumaje lo acompaña con su trinar, complementando armoniosamente aquel concierto.

Durante el día, y bajo el calcinante sol de la temporada seca, las sombras de las hojas de café se recuestan amablemente sobre los sudorosos cuerpos, para otorgarles un poco de frescura y animar a los hombres a continuar con su halar de ramas y granos, lo que, a su vez, refresca a la planta.

La voz del cantor se expande sobre los cafetales y rueda caudalosamente por las pendientes de la cordillera, mezclada con el rumor de las voces de otros trabajadores que charlan amenamente sobre sus experiencias personales.

Este día no tenía nada de particular, de no ser porque se manifestaría uno de los pecados más grandes de la guerra, uno mayor que quemar dólares en un país de

pobres. Uno de esos pecados que se hallaba sembrado al lado del surco de café fue pisado cuando el cantante iniciaba una canción de Darío Gómez, acompañado por el alegre pajarillo. La explosión fue tan fuerte que arrancó todos los arbustos de ese sitio, y diseminó toda clase de fragmentos, mezclados con tierra y sangre, a muchos metros a la redonda.

El pajarillo, asustado, levanta el vuelo tan rápido que su fuerte aletear desprende tres hojas de la rama donde estaba posado.

El pajarillo vuela muy lejos y en el cafetal ya no se escucha ningún canto.

■ PRISIONERO EN LA SELVA

El viejo estaba sentado en su cambuche. Con los pies jugaba haciendo marcas en la tierra húmeda de su inesperada habitación. Sus ojos seguían rítmicamente los surcos que su bota formaba en el suelo. Su pierna iba y venía. Trazaba el surco de ida y lo deshacía a la vuelta. Parecía un bucle relacional entre el viejo y el lodo del suelo; relación monótona y unísona que llevaba al infeliz hombre a escapar a través de estos surcos. Era la única manera de sentirse libre, porque escapar en cuerpo era imposible ante la vigilancia exhaustiva que le prodigaba el guardián, quien no apartaba ni un solo instante la vista del prisionero.

Al viejo le fastidiaba tanto acecho. Pero desde que ocho horas atrás intentó escapar de sus captores, tuvo que resistirlo con la certeza de que era él el causante de la suspicaz paranoia del carcelero.

Hubiera querido gritarle al joven guardián que mirara para otro lado al menos por unos momentos, pero no se atrevió. La mirada firme y la expresión adusta le inspiraban miedo. Había visto la airada represalia que este tomó cuando lo engañó con el pretexto de ir al baño para intentar escapar. Ahora su expresión era inmovible. Con ella le gritaba que él mismo era el causante de portar sus cadenas.

¿Pero qué esperar, entonces? Era obvio que los comandantes le estaban haciendo una especie de *consejo de guerra*. Reunidos en el centro del campamento, discutían sobre la suerte del prisionero. Nada parecía estar de lado del viejo. Era un extraño en esa zona. Nadie se atrevía a sacar la cara por él para salvarlo de ser ejecutado como un integrante más de la guerra.

Maldijo mil veces haber llegado a esa zona. Pensó que era libre de transitar por el territorio nacional. Nunca aceptó que fuera cierto que había pequeños estados irregulares dentro de su nación. Se rio siempre que le decían que Colombia estaba fraccionada en varias naciones, dependiendo de la ideología que dominaba cada territorio. Incluso, cuando decidió que viajaría a hacer negocios allí, le advirtieron que era zona controlada por un grupo armado que hacía de Estado. No creyó que eso pudiera suceder y abandonó la tranquilidad de su ciudad para viajar con la intención, también, de sentar precedentes de desarrollo en una región subdesarrollada. Solo pudo darse cuenta de la realidad de su país cuando fue bajado de su carro y conducido a la fuerza a rendirle razones al comandante.

Eso sucedió dos días atrás, y desde entonces, y al saberse juzgado y acusado de ser un espía, planeó mil maneras de escapar de allí. Sin embargo, y cuando creía que lo tenía todo listo, se desmoralizaba al observar la enorme cantidad de hombres armados que habitaban ese campamento.

También lo hacía desfallecer la gran extensión de selva que se erguía altiva e imponente a su vista. ¿Cómo salir? Se dejaba caer sobre el cambuche que le habían hecho ellos mismos y rogaba a Dios que le ayudara. Las horas pasaban inexorablemente y las cosas se complicaban. Los mismos guardianes se lo hacían saber con una crueldad que solo era posible en las películas de ciencia ficción: “A usted no lo salva nada, viejo”, le decían cuando él preguntaba.

Según ellos, había demasiadas pruebas que lo comprometían. El prisionero nunca pudo entender la validez del argumento cuando lo señalaban con unas pruebas tan baladíes como las que argüían.

No sirvió el ofrecimiento de su dinero a cambio de su libertad. Parecía que estas *pruebas* eran más poderosas que la propia actividad extorsiva. Su dinero allí, en la profundidad de esa selva, no valía en absoluto.

—¡Ya deje esa joda con esos pies! —le gritó con fastidio el joven guardián, sacándolo abruptamente de su ensimismamiento.

El viejo levantó la vista y la sostuvo sobre el frío e inexpresivo rostro del joven.

—¿Le estoy haciendo algo malo a usted? —le preguntó con ironía, reprimiendo el odio que, en otras circunstancias, le habría hecho salir fuera el monstruo agresivo.

—¡Que deje la joda, le dije!

La expresión del rostro del joven permaneció inamovible. Era como si tuviera las emociones en otro lado, ya que hablaba y no gesticulaba. “Sin duda, sus palabras no pasaban por el alma”, concluyó el viejo.

El prisionero se quedó quieto unos momentos, pero luego la monotonía lo arrastró de nuevo a través de los surcos marcados sobre el lodo.

—¡Que deje la joda! —le gritó el joven estrellando la culata de su fusil contra el suelo.

El viejo brincó sobresaltado, detuvo el juego y miró al joven. Este había desencajado su rostro con una expresión de enfado, un enfado endemoniado y perverso.

Quiso sentir alegría por saber al joven vivo en la súbita llegada de las emociones a su rostro, pero sintió miedo de verlo así, tan capaz de matar. Se sintió indefenso y su instinto de supervivencia lo condujo a la lógica de bajarle el tono al ambiente para evitarse el peligro.

—Pero no se enfade —le dijo con suave voz.

El joven bajó la mirada y comenzó a relajar la expresión de su rostro; el viejo se alegró. Era para él preferible mirar esa expresión sin expresión que tenía antes, le daba menos miedo.

Así, el joven le producía lástima. Parecía un muerto. Lo pensó y se lo hizo saber espontáneamente:

—¿Sabe qué?: usted parece un muerto.

El joven lo miró con extrañeza. Era obvio que no entendió. Su mirada se perdió en la inmensidad de lo desconocido. El viejo le aclaró:

—Quiero decir que su rostro no tiene expresión. A veces parece amargado, en otras, un demonio, y...
— tartamudeó sin poder encontrar una palabra para explicarlo— parece un muerto.

El joven lo miró sin expresar nada en su rostro y le dijo en tono gélido algo que al viejo le habría de doler más que cualquier otra cosa:

—Yo pareceré un muerto, pero estoy vivo. Usted ya casi es un muerto.

Fue tan cruel lo que dijo. Esto le recordó su triste realidad. Un terrible miedo lo invadió. Había soñado y fantaseado la llegada de un comandante con la noticia de que podía partir a su ciudad, pero este joven auguraba lo que sin duda sucedería.

Tembló de miedo. Las ideas más funestas le cruzaron por la mente.

El joven tuvo lástima al verlo temblar y le dijo, tratando de animarlo:

—Cálmese, que todavía no sabemos qué le van a hacer.

El viejo volvió su rostro hacia el guardia y le dijo en un tono mezcla de desconsuelo y reproche:

—¡Qué consuelo!, como si ustedes fueran los dueños de la vida.

Aunque el tono era de reproche, la voz le temblaba y el joven sintió más lástima todavía. Como si algo muy humano se moviera dentro de su ser aparentemente *muerto*, como lo denominó el prisionero, lo obligó a decirle:

—¿Sabe una cosa? Yo no creo que usted sea malo.

Se lo dijo con tanta sinceridad que el viejo se animó. De repente, soñó que todos podrían pensar igual que el joven.

—¿O sea que tengo posibilidades de salir vivo de aquí?

—No sé —le respondió enfáticamente.

El viejo se quedó mirando en espera de que le dijera algo más. El muchacho dudó un instante y prosiguió:

—Una cosa es lo que piense uno, que es un simple combatiente, y otra muy distinta lo que piensen ellos, que son los que mandan.

El viejo no entendió y frunció el ceño en espera de que el joven le aclarara su argumento, al cual vio ilógico.

—Es que los comandantes manejan las cosas más con el sentido de guerra que con el corazón —aclaró el joven, tratando de no sembrar ilusiones en el prisionero—. Parecen injustos, pero es que realmente ellos saben más y por eso ven cosas que uno no ve.

—¿Ven cosas?, ¿como una cámara con fotografías del paisaje? —le espetó airado el prisionero—. ¿Eso es prueba de que uno es enemigo de ustedes?

—Fotos de paisajes nuestros —aclaró el joven en tono firme—. ¿Quién garantiza que esas fotos no irían a parar en las manos de nuestros enemigos? Ellos las usarían para identificar la zona y atacarnos.

El viejo no creyó que un argumento tan absurdo fuera importante en este lugar.

—¡Por Dios!, eran para mi álbum familiar. Yo siempre hago fotos de los lugares a donde voy.

—¿Y quién garantiza que eso es verdad?—. Su tono fue cortante.

El viejo se quedó sin argumentos. Era irrisorio que algo tan baladí tuviera tanto peso. Nunca entendió cómo funcionaba la guerra, y ahora menos. Le pareció patológico, a raya de la psicosis paranoide.

Su ira se doblegó y le dio paso a la angustia. Se sintió infinitamente indefenso. Observó al joven con la angustia de un niño que quiere ser comprendido y no castigado.

—Hace un momento me dijo que no creía que yo fuera su enemigo..., ¿y ahora?

—Sigo creyendo eso. Es que se le nota en la cara, y yo conozco la cara de la gente mala—. Su tono fue más suave aún. Se notaba que no quería lastimar al niño que tenía ahora en frente.

El prisionero se debatía angustiosamente en la paradoja de la realidad. El joven continuó diciendo:

—Si ellos deciden que usted es culpable, ya no pensaré que están equivocados.

El viejo tembló aún más. Se sintió tan indefenso como un bebé en medio de las fauces de un monstruo hambriento. Sin embargo, soñó una solución. Pensó algo y se lo hizo saber al joven combatiente:

—Si cree en mí, ¿por qué no me deja escapar?

El guardia abrió desmesuradamente los ojos. Una expresión de asombro y terror le enmarcó el rostro.

—¿Está loco? ¿Quiere que me maten?

El viejo entendió. El pánico en la expresión del rostro del joven le indicaba el miedo infligido en la guerra. El joven retrocedió un paso y dirigió la vista hacia afuera, para evitar una nueva propuesta.

El viejo prisionero se hundió desconsolado en su cambuche. Sintió que todas las ilusiones se le esfumaban y hacían translúcida esa realidad inmediata. Sabía que no le quedaba más que esperar la decisión de Dios, pero le aterraba pensarlo: “Dios está aquí en la tierra y está armado”. Esos hombres que lo juzgaban hacían la labor de Dios, solo que con métodos muy arcaicos y subjetivos. Eso le aterraba más que nada en el mundo.

Respiró profundo. Cruzó sus manos sobre el tórax y cerró los ojos. Solo podía esperar.

■ LUIS ENTRA A UN MUNDO DISTINTO

Con los ojos inundados por las lágrimas, el niño observa a su mejor amigo. No entiende las verdaderas razones por las que se tendrá que separar de él; intenta rebelarse, pero no consigue nada. La orden de su madre fue contundente:

—Despídase de Palomo, que nos vamos ya.

Ahí está entonces, frente a Palomo, acariciando su crin, con deseo de llevarlo consigo, pero con la certeza de que tendrá que obedecer.

El caballo lo mira y se mueve ansioso al percibir la tristeza en su pequeño amigo. Rebufa repetidamente, jadea y mueve sus patas delanteras como si quisiera expresarle algo que aliviane su tristeza.

El niño deja caer sus lágrimas sobre el pasto del potrero donde ha vivido Palomo en estos cinco años, desde que lo trajeron a la finca.

—Vámonos ya —le grita la madre desde el borde del alambrado.

El niño no la mira, solo se limita a obedecer y, rodeando con sus brazos el cuello del animal, le deposita un

beso. Este mueve sus orejas hacia todos los lados sin dejar de resoplar.

El niño se retira y, sin preocuparse por cerrar la puerta del potrero, se dirige hacia su madre, que lo espera impaciente. A cada paso, el niño mira hacia atrás absteniéndose de correr hacia su caballo para llevarlo. Solo la decisión de su madre y las dos bolsas plásticas que esta sostiene en sus manos con algo de ropa en su interior le indican la certeza de la partida.

El caballo rebuzna fuerte y se lanza contra el alambrado, mientras trata con su hocico de retirar los alambres de púas que están firmemente amarrados a estacas de madera.

Luis se siente el ser más infeliz del mundo al tener que abandonar a su amigo. Se siente infinitamente pobre y solo. Pobre porque no llevará más que unas pocas prendas de vestir que empacó la madre en las dos bolsas plásticas que lleva en sus manos. Solo porque parte únicamente con su madre, sin sus dos seres más queridos: el padre y el caballo. Al padre se lo llevaron esta mañana los guerrilleros y no ha regresado. Escuchó disparos y la madre lloró de pánico, pero no le ha explicado aún lo que ocurre.

Los guerrilleros regresaron luego y le dijeron algo a la madre. Ella, sin contener el llanto, corrió por toda la casa y empacó lo poco que pudo; lo demás lo tenía que dejar por orden de ellos. Fue lo único que supo el niño, y lo supo porque quiso empacar su radio y juguetes, mas ella se lo prohibió. Le dijo que ahora todo era de ellos. Luis nunca entendió, pero obedeció, aunque lo

que más le dolió fue dejar a sus dos seres queridos: padre y caballo. Si bien conservaba la esperanza de que su padre los alcanzara en el camino, tuvo la sensación de que a su caballo no lo volvería a ver.

Las piernas de Luis se negaron a moverse una vez llegó al lado de su madre y ella emprendió el camino; luego se detuvo al notar que el niño no la seguía.

—¡Muévase, pues! —le dijo casi con rabia.

Eso le dolió al niño. Ella tenía rabia con él por su lentitud, pero eran sus piernas las que no querían irse. Dudó, mas al ver la decisión en el rostro de la madre, inició su camino.

Los pasos eran lentos y pesados. Algo muy fuerte le impedía moverse más aprisa. Una carga pesada sobre su alma le hacía difícil mover su cuerpo.

Cuando pasaron la quebrada y se internaron en el bosque, las imágenes de la casa, caballo y hombres armados desaparecieron. Ahora solo se veían los árboles rodeando el camino. Se escuchaban los pájaros que cantaban alegres ignorando el profundo dolor que llevaba en el alma.

Atrás había quedado lo que más quería. Había quedado su vida, porque ahora caminaba vacío, triste y sin ganas de ir a algún lado. Caminaba por inercia y lentamente se sumergía en un mundo triste y vacío. No sabía ni quería saber a dónde irían. Era como si allá, tras la quebrada, se hubiera quedado su alma y ahora

él fuera un recipiente de carne vacío; un vasto y hueco recipiente al que se le había esfumado su esencia.

Algo se fue apagando poco a poco en el interior de su ser. Los ruidos del bosque desaparecieron a sus oídos, todo el paisaje, a pesar de que lo había observado durante toda su vida, ahora le parecía irreconocible. Era como la puerta de ingreso a un mundo desconocido, un mundo cuyas características vacías, sin tono, sin vida, resultaban inefables. De pronto le pareció que estaba en medio de un sueño. Uno de esos extraños sueños que no se pueden describir, porque simplemente las rarezas de su composición no caben en el lenguaje. O tal vez era una de esas escenas de ciencia ficción donde se dibujan paisajes inexistentes, vastos y vacíos.

El viento movía las hojas de los árboles y este movimiento lo emborrachaba, lo aturdía por su monotonía. Era un movimiento silencioso. Ni siquiera las hojas, cuando se desprendían de las ramas, producían ruido. Los pájaros habían silenciado su canto. Los insectos no volaban. No había vida en aquel bosque. Nada quería vivir aparentemente ahí. ¿O acaso era la proyección de su alma seca y muerta la que se dibujaba sobre aquel paisaje? No lo supo. La aridez de un bosque otrora verde y fresco, el silencio asfixiante del movimiento natural del bosque, la falta de gravedad en la que parecía existir al percibir su cuerpo liviano y, en general, la percepción distorsionada de lo que siempre fue su mundo le dieron la certidumbre de que estaba muriendo. En cada paso que daba sentía desprenderse de él algo vital. Simplemente se iba fragmentando conforme se movía y se alejaba de su mundo. Lentamente se reducía y se hacía trizas.

■ CASA PROPIA

Un aire de contradicción se expande por toda la casa. Había gran alegría en la familia por estar estrenando lo que soñaron toda la vida: una casa propia. Pero también una gran nostalgia los envolvía a todos: el recuerdo de la vida anterior, su vereda y el hijo al que tanto quisieron.

La fotografía del joven, sonriente y lleno de vida, está pegada a la pared de lo que sería la sala de recibo, compuesta por unas sillas de madera y un sofá viejo, adquirido en un almacén de segunda. El joven les sonríe eternamente. Ellos lo miran con amor, nostalgia y agradecimiento. Es que a él le deben ese regalo de la casa propia. Entonces, la voz angelical del muchacho resuena en sus recuerdos con la claridad del tiempo no transcurrido: “Cuando sea mayor, les daré una casa para que vivan”.

Era un adolescente muy soñador. Siempre andaba prometiendo el mejor futuro para su familia. Ahora se lo dispensaba realmente. Ahí estaba la casa propia. Las escrituras sobre una de las sillas de la sala así lo decían: era su propiedad. Habían trabajado toda la semana en el lavado, arreglo y adecuación de la casa, que ahora se ve pulcra y linda. Ese sería su hogar a partir de hoy, el hogar que el hijo muerto hace dos años les había prometido. No tienen la menor duda de que él desde el cielo les ha cumplido.

La joven hermana desvía la vista del cuadro con la fotografía de su hermano y la pasa rápidamente por la casa. Observa las paredes recién pintadas, las ventanas, las sillas y el sofá... Todo parece un sueño. Había vivido durante esos dos años en distintas casas pagando arriendo. Eran todos lugares fríos, en mal estado. Ahora parece un palacio, como el palacio que su hermano le había prometido desde niño.

Él la llamaba *princesa*. Le decía que era una princesa por su belleza, como las princesas de las películas en la televisión. Decidió seguirla llamando así, *princesa*, digna de habitar un palacio. Ahora le regalaba ese palacio: una casa de cuatro habitaciones, amplia y hermosa, la cual acababan de comprar con el dinero que el Estado les dio como apoyo humanitario e indemnización tras su muerte en medio del conflicto armado. Es paradójico que él tuviera que morir para que su familia pudiera acceder a una casa propia; por esa razón la tomaban como un regalo del hijo desde el cielo.

La joven, tras ese recorrido visual por la casa y sus recuerdos, se vuelve hacia sus padres y les dice en tono alegre:

—Hagamos una fiesta para celebrar.

Los rostros de los padres se vuelven hacia ella y la alegría en su juvenil rostro se transforma al verlos empapados en llanto. Una terrible confusión, mezcla de culpa y desorientación, se apodera de ella.

—¿Qué les pasa? —pregunta con voz quebrada.

Ellos no responden y se limitan a enjugar sus lágrimas. Lo hacen ambos a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo. Luego bajan la cabeza, como si un peso encima los obligara.

La joven observa el contraste: estaban alegres hace unos minutos. Los vio trabajar toda la semana en los arreglos de la casa con un entusiasmo inagotable. Los vio reír de alegría al verla arreglada. Los oyó bendecir y dar gracias a Dios y al hijo por el regalo. Entonces, ¿qué les pasaba ahora? Quiso preguntar, pero no se atrevió. Las siluetas de los padres, de pie, con la cabeza baja, llorando silenciosamente, les derribaban la alegría a ella y al palacio que estaba a punto de estrenar.

Un largo silencio cubrió toda la casa durante un rato. Solo se escuchaba el leve sonido de las fosas nasales saturadas. La princesa se descubrió de pronto llorando también como ellos. Poco a poco, se dio cuenta de lo que pasaba, lo sintió en su alma y le dio la certeza de que ahí, en ese palacio, faltaba algo muy importante: su hermano. Entonces vio su soledad. ¿Quién la llamaría *princesa* para corroborarle la existencia del palacio? ¿Quién celebraría con ellos la felicidad de tener casa propia? Eran tres, sí, pero faltaba alguien más. Había un inmenso vacío allí. Un vacío que helaba la calidez de la casa y que ella pudo notar hace un rato. Un gran vacío que solo podía ser llenado ocasionalmente con la impresión feliz de un hecho positivo que les ocurriera,

pero que se evaporaba luego ante la falta. Se esfumaba ante la imposibilidad de ver y tener ahí con ellos al hijo y hermano muerto hace dos años. Solamente podían tener la fotografía enmarcada y pegada en la pared. Solamente podrían escuchar su voz a través de los recuerdos, huellas mnémicas que habían quedado para decirles que hubo alguien muy querido entre ellos, y también para transmitirles el dolor más grande del mundo: el acto de levantamiento de su cuerpo lleno de orificios por las balas. La alegría que les provocaba la risa del joven se opacaba ante el recuerdo fiel de una imagen torturante y dolorosa, imagen imborrable y lacerante.

La jovencita siente de pronto que el mundo se desvanece y se deja caer sobre el sofá, siente que la luz que los alumbró ha sido apenas un leve reflejo de su paso fugaz por aquella casa que ahora tienen como propiedad, dejando tras de sí la oscuridad constante y densa de la muerte de su hermano. Un escalofrío le recorre el cuerpo y ve a sus padres en una posición inamovible, llorando, con aspecto triste y oscuro.

—¡Ya no lloren más! —les grita desesperada, sintiendo que no va a resistir la escena terrible.

Ellos la miran y ve en sus ojos tanta tristeza que parece estar presenciando el fin del mundo. Entonces, en un tono más bajo y casi suplicando:—Es que verlos así me hace daño, me...—. No puede decir más y lanza su rostro contra el sofá para ocultarlo ahí, en medio de sollozos muy fuertes.

La madre se desliza suavemente por el suelo de baldosas y la alcanza para llevarla sobre su pecho, la funde en un abrazo tan fuerte que parece querer adherirla a sí.

Ambas explotan en llanto enérgico, en gemidos que se esparcen por toda la casa y obligan al padre a abandonar aquella sala para buscar un sitio donde no pueda ver esa escena que lo conmueve y tortura.

Sale presuroso al pequeño patio, observa el cielo despejado, azul y vivo. Inhala con avidez el aire fresco hasta llenar por completo sus pulmones; luego exhala, queriendo botar a fuera lo que le oprime el alma y amenaza con hacerlo reventar.

Después de un momento, siente que se va despejando su mente. Observa el cielo, después las paredes de su casa y un orgullo lo invade: siempre la quiso tener, lo soñó al lado de la esposa desde que se casaron, hace 20 años. Ahora la tiene por fin. Por un momento desvía el pensamiento que malvadamente intenta inyectarle culpa, reforzándolo con un pensamiento positivo, mas se halla en desventaja y finalmente la culpa lo domina:

“Tenemos casa, ¿pero a cambio de qué?”. No puede negar que es doloroso saber que cumple un sueño de toda la vida a cambio de la vida de su hijo. No lo pensó jamás, no lo deseó así, pero sucedió. Ahora esa casa era el pago de la muerte trágica de su hijo. Desea tenerlo ahí para compartir: habría sido el momento más feliz de su vida.

—Al menos —trata de consolarse—, este es un regalo de mi hijo.

Levanta la vista hasta el cielo y casi puede ver a su hijo allá sonriéndole, dichoso de haberle hecho realidad el sueño.

Esa fantasía le saca una sonrisa en medio de su tristeza y le da la confianza absoluta de que no está solo ni desamparado. El muchacho cuida de su familia desde el cielo.

■ UN MUERTO SIN NOMBRE

Estaba ahí, inerte, pálido e hinchado. Su cuerpo yacía con la rigidez de tres días de muerto y una profunda hinchazón en su cara, la cual lo hacía casi irreconocible a simple vista. Casi la mitad de su rostro estaba cubierto por una gaza que le tapaba el orificio por el que se le escapó la vida. Sus ojos estaban rodeados por un color morado que le daba un aspecto enigmático y fantasmal. Sus manos extendidas sobre la parte inferior de su cuerpo descansaban sobre la pelvis como si hubieran estado amarradas hasta mucho después de muerto. Una diminuta pantaloneta y un chaleco tipo peto componían su vestimenta, otorgada por caridad en la funeraria donde le arreglaron el cuerpo violentamente vulnerado. Al lado de sus pies, un ensangrentado uniforme militar estaba enrollado y comprimido entre su cuerpo y la madera del cajón.

Alrededor del ataúd, un grupo de curiosos se asoman para observar al muerto. Comentarios de dolor y pésame se escuchan dirigidos a la anciana madre, que, sin parar de llorar, ha permanecido al lado de su hijo. El viento sopla en todas las direcciones del inmenso patio de este cementerio llevándose consigo los cuchicheos de los asistentes al funeral atípico.

El sacerdote esperaba pacientemente a que un voluntario amigo del muerto inútilmente tratara de vestir

un cuerpo rígido y pesado. Los asistentes no querían tocar el cadáver, por lo que el amigo lo tuvo que hacer solo. Su esfuerzo resultaba inútil, pues el peso del cuerpo metido en el cajón no le permitió levantarlo; se conformó con dejar el pantalón justo debajo de sus caderas para cubrir sus miembros inferiores.

Comprendiendo lo inútil de su intento, el amigo puso la camiseta extendida sobre el tórax y un respiro de alivio se escuchó al observarlo medio vestido. No le dolía tanto la indiferencia de los curiosos que no le quisieron ayudar, sino, más bien, que su amigo fuera enterrado semidesnudo, sin nombre y sin la bendición de un sacerdote. Por eso buscó por todas las parroquias del pueblo a uno que le colaborara y bajara hasta el cementerio a bendecir al muerto. Pero todos se negaban argumentando que si quería una misa, debería pagarla.

—¡No quiero una misa y no tengo plata para pagar! — gritaba furioso a los sacerdotes—: ¡solo quiero que por caridad le recen una oración, lo bendigan y lo llamen por su nombre! ¡¿No ven que lo van a enterrar como un NN?!

Los sacerdotes lo miraban inmovibles. Para ellos era muy lógico que un NN dado de baja como un combatiente irregular no mereciera un entierro digno, y el argumento de que no era en realidad un delincuente, sino que se trataba de una injusticia, no lograba convencer a ninguno. Solo al final, y ya cuando se acercaba la hora en que el sepulturero había anunciado

que cerraría la tumba, logró convencer a un anciano sacerdote en la última parroquia a la que acudió.

—Bajo en mi carro en un rato —le dijo el anciano mal encarado, y entonces el amigo corrió por las calles para darle la buena noticia a la madre del muerto.

—Va a venir un sacerdote, al menos no va a ser enterrado como un animal.

La anciana sonrió por primera vez desde que le informaron de la suerte de su hijo. Sus ojos brillaron ilusionados:

—¿Entonces va a ser enterrado como mi hijo y no como un guerrillero?

El amigo no supo qué responder. Solamente atinó a decir, tratando de no herirla:

—Su nombre no podrá ser inscrito en la tumba, pero el sacerdote lo va a pronunciar, le achará agua bendita y...

No pudo continuar, pues la tristeza de regreso al rostro de la anciana lo conmovió.

Ella quería que su hijo tuviera un entierro digno, y no de un delincuente, pero la realidad no se lo permitía. No tenía dinero para pagar la tumba en el cementerio ni la misa en la iglesia, por lo que se tenía que atener a las normas del sepulturero, que aplicaba el protocolo para

los NN: el Municipio corría con los gastos del ataúd y la parroquia con los de la tumba. No podía hacer más.

El joven miró al sacerdote y le indicó que podía iniciar el funeral. Este, que ya tenía listo el copón con agua bendita para rociar sobre el muerto, empezó a rezar. El amigo miró al muerto y sintió un profundo alivio. Aunque deformado por las heridas, la ropa que él lucía habitualmente lo hacía ver menos trágico y ausente.

En medio de la voz del sacerdote, se escuchó un susurro que llamó la atención del amigo:

—Que saquen ese uniforme del ataúd y lo quemen.

—Sí. No era de él. Sería un pecado enterrarlo con eso ahí —respondió alguien más en tono igual de bajo.

El amigo observó el interior del ataúd, que permanecía abierto. Posó su mirada sobre el manojito de ropa militar ensangrentada que se hallaba a los pies del muerto. Sintió un fuerte impulso por abalanzarse sobre esa *vergüenza* y sacarlo de ahí, quemarlo, como lo sugerían las personas que susurraron, pero se detuvo antes de moverse. Un intenso temor lo asaltó:

“Si lo quemo, me puedo meter en problemas con los que lo mataron”, pensó al recordar la enorme intimidación de los violentos sobre la comunidad. Su lógica lo llevó a justificar la decisión de no sacar aquellas prendas del interior del ataúd. “Ellos, los de la guerra, necesitan que el muerto parezca un delincuente, así que es mejor

dejarlo ahí”, concluyó, y regresó su vista al sacerdote, que había comenzado a rociar el agua bendita sobre el cuerpo del muerto.

La gente que había asistido por curiosidad acompañaba al sacerdote con sus rezos. Un ambiente de religiosidad se esparció sobre el cementerio. Un generalizado sentimiento de unidad se formó alrededor del muerto, al menos unidad para percibir y compartir el dolor de la anciana madre. Ya nadie dudaba de que eso fuera una injusticia. Lo pensaban y lo expresaban entre ellos, a pesar de que el discurso oficial decía lo contrario.

Lentamente, la tapa del ataúd se cerró, bajada por las manos del amigo. Poco a poco, la imagen del joven pálido e hinchado desapareció de la vista de los asistentes, y tras ese ocultamiento también se fue la imagen del amigo, y, para la anciana, la imagen del hijo amado. Un sollozo fuerte se escapó de la garganta de la vieja y regó su dolor por el aire frío de la tarde en ese cementerio.

El ataúd fue alzado por las manos del sepulturero, ayudado por algunos colaboradores, hacia la parte superior de la pared compuesta por tumbas sin usar. En unos instantes, el ataúd desapareció tras la tapa de cemento preconstruida, puesta por las hábiles manos del sepulturero y sellada con cemento fresco. El cuerpo del joven fue aislado definitivamente de los asistentes, de la madre y su único amigo. En el transcurso de la tarde alguien escribió sobre la tapa de cemento la fecha de hoy acompañada de las siglas NN, que lo

identificarán en los cuatro años siguientes, antes de que sus restos sean desenterrados para desocuparle la tumba a otro difunto que la necesite.

Oficialmente, el muerto carece de nombre y solo los rezos de la tradición católica mencionarán el verdadero nombre durante los nueve días siguientes, hasta asegurarle el descanso eterno y la justicia que en el mundo no encontró.

■ FERNANDO

La atención de Fernando permanece fija en el comandante guerrillero que escribe en una hoja de papel. Su ansiedad aumenta al percibir que está a punto de terminar su nota.

La mirada autoritaria del comandante se posa sobre el pálido rostro de Fernando y le dicta las instrucciones que deberá seguir en una tarea que él, como autoridad, le ha encomendado.

—Entréguele esta nota al señor de esa finca y no regrese sin el dinero.

La orden ha sido categórica, y sigue siéndolo desde minutos antes, cuando llegó el comando a su casa y Fernando recibió la orden irrefutable de ir hasta la montaña del frente a llevar una nota extorsiva.

Fernando sigue convencido de que la misión no solamente es injusta porque a él como civil no le corresponde ejecutar actividades de la guerra, sino también inhumana, porque lo obliga a ir a cometer un delito, y justo en territorio de los paramilitares. Se lo expresó inicialmente al comandante cuando este le dio la orden, pero no se conmovió.

—Usted como civil tiene más posibilidades de ir allá sin que lo reconozcan los paras —le dijo cínicamente.

Ahora le entrega la hoja con el mensaje extorsivo y lo envía a una muerte casi segura. Al otro lado del río es territorio dominado por los paramilitares. Los campesinos que han intentado ir allá han sido confundidos con los guerrilleros o acusados de ser colaboradores de la insurgencia. Piensan que se dirigen a esa zona a hacer inteligencia. Todos terminan arrojados después de muertos al río que divide los dos *Estados*.

Aunque temiendo la represalia del malvado comandante, se atreve a preguntar y espera una respuesta favorable que lo salve de ir allá.

—¿Si me ven los paras? ¡Me van a matar!

El comandante sonríe ante la ingenuidad del joven y le responde tratando de no alarmarlo:

—Si lo ven, usted les dice que es un civil que va a visitar un tío que vive en esa zona.

Fernando quiso gritarle lo ilógico que era su argumento teniendo en cuenta las normas de control que ambos grupos imponían en esos territorios. Además, sabiendo que el dominio lo ejercían desde hace años y que conocían a los habitantes, no le creerían. Finalmente, si lo requisaban, le iban a encontrar la nota extorsiva.

Tembló de miedo al reconocer que se dirigiría hacia una muerte segura, solo una pequeña posibilidad le aseguraría el regreso vivo a casa: la buena suerte. No se atrevió a contradecir al comandante y se limitó a obedecer: “Muero allá o muero acá si no obedezco”, fue su conclusión. Y lo reafirmó ante el gesto decidido del comandante, quien parecía no querer darle más opciones. Así que emprendió el camino a pasos largos por el polvoriento camino en descenso hacia el río, el cual, además, tendría que cruzar sin saber nadar.

A sus espaldas queda la que siempre ha sido su casa y, en su interior, los padres, con la preocupación más grande a causa de la incertidumbre por la suerte de su hijo. La madre, con síntomas de hipertensión arterial aumentada por el miedo y obligada a prepararles el almuerzo con el mejor gallo del gallinero de la finca.

El trayecto de la casa al río, que normalmente se hace en una hora, a Fernando le parece eterno a pesar de que camina muy rápido. No quiere llegar allí, no tanto porque no sabe nadar, pues buscará un lugar donde las aguas pasan bajas y lo cruzará caminando. Su temor está en lo que encontrará al otro lado.

Por un instante se detiene y observa la inmensa montaña del frente. Mira los pastos verdes por los que tendrá que subir hasta la finca indicada. Mira los árboles que cubren por partes el terreno, teme que bajo sus ramas estén los paramilitares observándolo y esperándolo.

Cuando llega a la orilla del río, ha perdido por completo la noción del tiempo. No sabe cómo llegó ahí ni cuánto tiempo se demoró. El sonido ensordecedor de las aguas golpeando las rocas que componen el lecho lo aturde aún más. Todo el paisaje, otras veces tan conocido, le parece ahora abrumador. Mira el río como un gigantesco monstruo que lo espera para devorarlo. Mira los árboles que se hallan al otro lado y siente que es la puerta de ingreso al infierno.

Después de dudar un rato, una enorme confluencia de sentimientos comprime su mente y cuerpo. La nostalgia por lo que deja tras de sí lo quiere hacer llorar. Pero ni siquiera puede llorar, porque la rabia y el odio se lo impiden. Su familia, allá arriba, lo espera, y tal vez se quedará esperando. Tal vez ni siquiera su cuerpo rescaten para enterrarlo según la costumbre católica. Los guerrilleros, en su casa, estarán esperando bajo la sombra a que llegue con el dinero, y si no llega, no dejarán en paz a su gente. Al otro lado, los paramilitares estarán patrullando cuidadosamente su territorio para asegurarse de que no pasen los enemigos del frente. Quizás en el momento más afortunado lo descubrirán las autoridades legítimas con la nota extorsiva en su bolsillo y lo conducirán a una cárcel acusándolo de extorsión.

En todo caso, el panorama para Fernando no es nada prometedor. Pero la certeza de que no podría regresar sin el dinero, pues sería ejecutado por los guerrilleros, lo hace lanzar al agua, con el conocimiento doloroso de que la guerra lo ha halado hacia sí con la crueldad

que la caracteriza. Entonces odió esa guerra injusta e inhumana que involucra a los civiles hasta hacerlos perecer.

Bordea el río hasta el sitio que conocía, donde el agua pasa más baja y se reparte a sus anchas. La abundancia de rocas grandes les ha permitido a los habitantes pasar al otro lado, aunque, claro, en otros tiempos, cuando podían transitar libremente por estos territorios.

Sin quitarse sus botas pantaneras ni su ropa, se adentra en las aguas. De inmediato las botas se inundan y Fernando siente el hielo quemar sus piernas. Realmente es clima cálido y las aguas son frescas, pero Fernando, en medio del *shock* nervioso en el que se encuentra, ha hipersensibilizado su cuerpo y bombardeado el cerebro con toda clase de estímulos. Tiembla ruidosamente como si fuera a desintegrarse. Su rostro está descompuesto por el pánico, pero continúa caminando aguas adentro halado por un hilo invisible que lo conduce como marioneta hacia lo desconocido.

Conforme avanza, el agua se va haciendo más profunda y muy pronto le llega a la zona inguinal. El frío lo tortura y ha entumecido la parte inferior de su cuerpo. Los pies se desplazan con pesadez y lentitud para no perder el equilibrio.

Ya en medio del río, el ruido se le hace tan poderosamente monstruoso que lo pone a tambalear. El agua, ya en

su cintura, amenaza con derribarlo. Fernando siente que está luchando contra un enemigo más poderoso que los mismos guerrilleros o paramilitares juntos. Sin embargo, el temor a ser arrastrado lo impulsa a esforzarse para mantenerse en pie. No contaba con que estuviera tan profundo por esos lados, pero ya no se puede regresar, un miedo mayor lo asalta.

El agua es tan poderosa que los intentos de Fernando por mantenerse de pie fracasan y termina derribado. La brutalidad de la naturaleza lo domina y termina empujado al interior de las inmensas fauces del monstruo, que lo devora en un instante.

El ruido del río, al golpear sus aguas contra las rocas, permanece inalterable. Un frágil cuerpo en medio no es suficiente para cambiar su aspecto y tonalidad. Mientras tanto, allá arriba, en la casa de Fernando, su padre espera impaciente a que regrese sano y salvo. La madre, en la cocina, introduce leña en el fogón intentando afanosamente que se cocine pronto el pollo que está en la olla. Afuera, y bajo la sombra de un frondoso árbol que rodea la casa, los hombres también esperan a que llegue Fernando con el dinero y, a su vez, a que se cocine el pollo que ellos mismos ordenaron cocinar para saciar su hambre.

Allá abajo, muy lejos, se escucha el río que imponente expande su ruido por el enorme cañón. Nadie sospecha que esta vez lleva adjunto el quejido de un infortunado joven que lo quiso desafiar y pagó caro su osadía.

■ LA VIEJECITA TRISTE

En medio de la misa de funeral de una mujer asesinada, una viejecita, toda vestida de negro, llora inconsolable; su cuerpo pequeño y flaco se encorva más por el dolor que por la edad; su piel reseca y arrugada se estremece a cada sollozo. Sus ojos expresan tanto desconsuelo que la hacen ver indefensa como una niña. Tan frágil, tan macilenta y tan triste que no pareciera resistir tanto peso en su alma y se terminará fragmentando en trozos igual de grandes que su dolor.

La voz del sacerdote rogando por el descanso eterno de la difunta le recuerda con crueldad que es verdad que la ha perdido, se la han asesinado. Está dentro de ese ataúd gris, ataúd que le ha regalado la alcaldía, porque su pobreza es tal que no tenía ni siquiera con qué costear el entierro. La misa se la han pagado los amigos caritativos.

La viejecita, que nunca creyó que pasaría por dolor semejante, levanta la cabeza de vez en cuando para observar el ataúd y corroborar si ya ha despertado de este sueño aterrador. Un nuevo sollozo violento la obliga a refugiarse nuevamente en el pañuelo mojado por tantas lágrimas al observar la misma escena que le da la certidumbre de habitar su propia y espantosa realidad.

El final de la misa llega y los fieles salen hasta el atrio de la iglesia a la par con los cargadores que conducen el ataúd. Con pasos lentos y débiles, la viejecita, apoyada en el brazo de una de sus nietas, sale detrás, en medio de un ataque de ansiedad que desahoga con fuertes y lastimeros gemidos.

Una vez dada la bendición del sacerdote, una grabadora se enciende y la música de una ranchera hace voltear a los fieles para desatar una histeria colectiva. Descubren la grabadora en manos de una de las mejores amigas de la difunta y la voz de Darío Gómez entonando *Adiós a la vida*. Los cuerpos de los asistentes tiemblan y los ojos se vuelven agua. Todas las miradas se clavan primero en el ataúd y luego en la viejecita y las huérfanas, quienes se han quedado solas en el mundo. Entonces, se conectan empáticamente con su dolor y lo comparten abrazando a aquellas mujeres con la calidez del ser humano y en procura de alivianar el peso de la tragedia, que es su propia tragedia también en medio de la guerra. Es la gran tragedia por la que todos pasan a la vez, cuando sus muertos desfilan por las calles del pueblo y las almas, como la de aquella anciana, se deshacen de dolor.

■ TROFEO DE GUERRA

Los ruidos eran ensordecedores y torturaban el sensible oído de Caicer. Las granadas explotaban y sacudían la tierra despedazando y dispersando sus fragmentos por el espacio circundante al campamento. Los fusiles en ráfaga traqueaban interminablemente. Los gritos ininteligibles se mezclaban con las explosiones y disparos, formando un murmullo aturdidor y macabro.

Caicer, acurrucado bajo unas rocas cercanas al campamento, temblaba de espanto. No entendía lo que estaba sucediendo, pero la intensidad del ruido y los fragmentos de piedras, tierra y plantas volando sobre su improvisado escondite le advertían el peligro.

En sus cortos cuatro años de vida canina, había presenciado diversos actos en la guerra. Ya conocía el sonido de las armas, el grito de espanto de los hombres ante ellas y el daño que hacían a la vida de la gente.

Había sido el mejor amigo y el guardián del hombre que comandaba ese campamento atacado. El comandante lo había adoptado cuando tenía tres meses de vida y la madre, una perra de raza *fina* , como la denominaban los hombres, había muerto al pisar una mina sembrada en el campo. Ella también había pertenecido a la

guerra y su olfato servía para detectar explosivos. Sin embargo, no pudo detectar el que a su paso explotó.

Él, Caicer, con cuatro años de vida y todos al servicio de la guerra, había sido entrenado para detectar explosivos. Era realmente bueno en este oficio y le había salvado la vida a su amo en varias oportunidades. Deseaba haber podido detectar los explosivos en los hombres que se acercaban al campamento. Tal vez, y tembló de espanto, su amo haya muerto en ese asalto fulminante.

Un leve sentimiento de los que los humanos llaman *culpa* lo asaltó. Entonces, un tropel de sentimientos aprendidos de su amo lo atropelló y lo hizo saltar angustiado del escondite donde se guarnecía, y adonde había ido minutos antes a satisfacer sus necesidades fisiológicas.

El estruendo del asalto había callado de pronto. Ya no se escuchaban las explosiones ni los disparos. Solamente los gritos de los asaltantes, que, eufóricos, hurgaban los rincones destruidos del campamento en busca de algo que mencionaban como su trofeo.

Caicer se acercó hasta donde consideró prudente. Luego se echó a tierra bajo las yerbas y observó lo que pasaba unos metros abajo.

La escena era dantesca. Lo que vio lo aterró. En sus cuatro años de experiencia en la guerra, no había visto destrucción tal. El campamento estaba hecho

pedazos. De los árboles colgaban trozos de tela de las carpas despedazadas. El color rojo de la sangre manchaba piedras y troncos. Todo lo que había sido hasta hace unos minutos un campamento amplio y cómodo se reducía a escombros: se mezclaban las partes de los humanos que lo habitaron con las partes de los materiales con las cuales estaba construido.

Los hombres movían los cuerpos incompletos de los asaltados buscando a alguien en particular. Caicer lo intuyó porque podía ver un interés en todos los cuerpos, que luego eran desechados al observarles el rostro.

¿A quién buscarían con tanto empeño? Solo lo pudo saber cuando escuchó los gritos de júbilo:

—Aquí está este hijueputa.

Todos corrieron hacia él. Caicer no pudo reconocer el cuerpo que exhibían porque el tumulto le tapaba la visión.

Su fuerte corazón empezó a latir con enorme rapidez. Un presentimiento nefasto lo asaltó. Agudizó su visión tratando de ver lo que pasaba, pero no logró ver nada. El tumulto le seguía tapando la vista. Entonces, agudizó sus oídos para escuchar lo que decían.

Los sonidos eran diversos. Los murmullos parecían alegres y triunfales. Hablaban del éxito rotundo en la operación. Decían que habían alcanzado su más grande objetivo. Caicer entendió que el objetivo al

que se referían no era tanto los demás hombres que estaban dispersos y sin vida por el suelo de lo que antes fuera su campamento. El objetivo parecía ser un cuerpo en particular.

Pensó en su amo. En su experiencia había visto al comandante atacar con la misma sorpresa de ese ataque de hoy. Lo había visto asaltar con especial interés la *cabeza* del objetivo, y, generalmente, la *cabeza* se refería al comandante.

Un escalofrío lo sacudió: el comandante era su amo.

No aguantó más y saltó decidido a entrar en el destruido campamento. Ladró intentando que su amo le respondiera, pero solamente pudo escuchar una ráfaga de fusil.

Las balas chocaban contra el suelo y lo bañaban de tierra. Caicer comprendió que los disparos iban dirigidos hacia él y lo confirmó al sentir que algo muy fuerte le despedazaba una de sus patas delanteras.

Caicer rodó por el suelo a través de la pequeña cuesta que lo separaba del campamento. Cuando se pudo detener, observó su pata fracturada. La sangre brotaba a chorros. Entendió que él también era parte de la guerra y, por lo tanto, no se podía dejar ver.

Esos hombres vestidos de verde militar, como los hombres con los que él había vivido, llegaron a matar a sus enemigos, y con los disparos le confirmaban la

nefasta conclusión: él era también su enemigo. Su intuición canina lo llevó a la decisión de quedarse quieto tras el pequeño montículo de pasto que cubría la vista de los atacantes.

Los disparos no se escucharon más y las voces se oían con claridad:

-Cárguenlo, es nuestro trofeo de guerra —oyó que dijo el que debía ser el comandante del grupo.

Caicer levantó con cuidado su cabeza para ver lo que pasaba: varios hombres alzaban un cuerpo lleno de sangre y emprendieron con él camino, mientras reían y hablaban con éxtasis.

Cuando voltearon el cuerpo bocarriba sobre los hombros, Caicer pudo reconocerlo: ¡era su amo! ¡Lo habían matado! ¡Ese era su trofeo!

Un impulso levantó a Caicer del pasto donde se hallaba y miró a los hombres que emprendían camino hacia algún lugar llevando consigo a su amo. El dolor en su pata destrozada se confundió con el dolor en su corazón, y por un instante el dolor del corazón superó otros, y aunque los hombres se habían olvidado de él, decidió mostrarse.

Una inmensa furia le embargaba su ser de perro. Los ladridos salieron de su hocico tan llenos de ira que retumbaban por todo el bosque.

Aunque nada más tenía tres patas para correr, lo hizo con la decisión de un fiel amigo que no estaba dispuesto a abandonar a su amo. Iba con la rabia del perro que había visto violentar el cuerpo del que había sido su amigo y la venganza del que no está dispuesto a dejar a los criminales sin castigo.

Así, corrió saltando en sus tres patas, exhibiendo sus fuertes dientes y ladrando con la furia de un fiel y enfadado canino.

En su desenfrenada carrera, no vio peligro alguno. No reparó en el tubo de un fusil que se ubicaba frente a la trayectoria de su carrera.

El sonido estrepitoso de sus propios ladridos se esparce en eco a través del bosque y el destruido campamento como expresión de protesta furiosa y vengativa, y no lo deja escuchar el sonido de una ráfaga que sacude el silencio violado del bosque.

No siente, o no quiere sentir, el dolor y la quemazón de cuerpos incandescentes penetrando su cuerpo. Percibe el desvío de la trayectoria de su carrera y el cuerpo vuela contra las rocas que se hallan en un lugar distinto a aquel al que se dirigía. Se da cuenta, entonces, de que algo muy poderoso lo desvió y arrojó de allí.

Su vida se escapa en la humedad tibia de la sangre por los orificios gigantescos que esos cuerpos extraños habían hecho en su frágil cuerpo de perro.

Confundido, impotente para ponerse de pie, intenta mirar lo que ocurre a su alrededor. Un profundo silencio se apodera del bosque y sucede al ruido endemoniado de la guerra. Los hombres se han marchado con su trofeo. El campamento ha quedado reducido a cenizas y la amistad de un fiel perro y su amo ha terminado de repente, interrumpida por la violencia de un asalto inesperado y fulminante.

■ UN AÑO EN ESPERA

Doña Rita acaba de terminar su desayuno. Sin embargo, no se atreve a levantarse de la mesa, pues presiente que su hijo va a entrar de un momento a otro a ocupar su lugar en esta mesa para tomar su desayuno.

Con profunda tristeza observa la taza de chocolate aún humeante y la arepa a su lado. Es el desayuno de su hijo. El desayuno número 365 que el hijo no viene a tomar a su casa.

Hoy cumple 365 días ausente de su casa y de su madre. Un año sin hacerle saber dónde está o si está bien. Un largo año sin verlo ni hablarle.

Un día como hoy, hace un año, el joven partió de su casa como de costumbre a ganarse la vida trabajando en la finca de un tío suyo. Desde entonces no ha regresado ni nadie le ha dado razón de él.

Algunos vecinos y amigos le han advertido que no lo espere más: “Él debe estar muerto”, le han dicho y ella se ha negado a oírlos.

“Si está muerto, ¿dónde está su cuerpo?”, les responde ella oponiéndose tajantemente a esa posibilidad. No

quiere ni puede aceptar que su hijo esté muerto. Nunca ha visto su cuerpo, nadie lo encontró a pesar de que ha sido objeto de búsqueda durante varias semanas por bosques, quebradas y ríos. Ni siquiera los hombres de la guerra le han dado razón de él.

Durante este año ha habido muchos rumores, pero el más acertado dice que fue asesinado por los hombres armados que dominan allí y arrojado al río o enterrado en algún lugar desconocido.

Nadie en la vereda duda de la suerte que corrió su vecino. Solamente la madre se niega a aceptar esa realidad porque los combatientes no han aceptado el asesinato.

“¿No ve que ellos siempre lo niegan todo?”, le han dicho sus vecinos tratando de persuadirla para que acepte la realidad. “Todo el mundo escuchó los tiros ese día, otros lo vieron encontrarse en el camino con los hombres armados; ellos lo mataron”, le han insistido, pero ella está cerrada a cualquier posibilidad trágica.

Su hijo era un hombre bueno, no le hacía daño a nadie ni se metía en problemas con los de la guerra. “No lo pudieron haber matado porque él no debía nada”, argumenta entre llanto la madre.

“¿Cuándo ha visto que ellos necesitan razones para matar?”, le repiten hasta el cansancio, mas ella se oculta tras la tenue y frágil posibilidad de que los de la guerra dijeran la verdad y no le hubieran hecho daño a su muchacho.

¿Pero dónde está? Esa pregunta se había convertido en un martirio. La madre no se atrevía a pensarla porque la imposibilidad de hallar respuesta la hubiera hecho enloquecer.

Los días pasaban y no llegaba. Nadie lo veía por los caminos ni en el pueblo. Simplemente se había esfumado, y la había dejado sola y sin quien la protegiera.

Él había sido un buen hijo. Trabajaba la agricultura para mantener la casa. No dejaba que le faltara nada a ella, que era la luz de sus ojos. Jamás pasó por su cabeza la opción de irse a otro lugar y dejar a su madre sola. Por esa razón, ella estaba segura de que regresaría. Regresaría a pesar de que los meses pasaban, de que todos le decían que estaba muerto y de que los de la guerra le dijeran alguna vez que había sido abandonada por su hijo porque estaba cansado de ver por ella. Estaba segura de que todos mentían, él no la abandonaría a propósito.

“Tuvo que pasarle algo muy malo”, pensaba cada vez que trataba de hallar respuesta. Sin embargo, esta cuestión la conducía a una conclusión fatídica: la muerte. Ella no podía concebir esa posibilidad.

En los momentos de mayor cansancio físico y emocional deseaba enfrentarse a una realidad tangible, aunque fuera muy dolorosa; por esa razón deseaba que si estaba muerto, su cuerpo apareciera para elaborar su duelo y terminar con ese martirio.

Durante los primeros meses, recorrió la vereda buscándolo. Todo el mundo le decía lo mismo: lo vieron hasta toparse con los de la guerra, escucharon los disparos que estremecieron la vereda y, finalmente, nunca llegó al lugar de trabajo. Nadie lo vio nunca más. Parecía todo muy lógico: estaba muerto. ¿Pero y su cuerpo dónde había quedado? Ella lo necesitaba para enterrarlo cristianamente. Los combatientes, por su parte, decían que no sabían nada de él.

Cada vez que los gallinazos volaban bajo por la vereda, ella corría a ver si estaba por allí el cuerpo de su hijo, pero no hallaba más que algún animal en estado de descomposición.

Agotó su fe en rezos fervorosos ante las imágenes de santos que alumbraba con velas diariamente, pero ellas permanecían tan calladas como su hijo. Nunca obtuvo respuesta. Se sentía infinitamente sola y desdichada, creía que no resistiría más tanta espera.

Sin embargo, la casa era diariamente preparada para recibir al hijo cuando llegara. Esta permanecía tal como él la había dejado el día que se fue. No se atrevió a lavar las cobijas o sábanas por temor a que ese día llegara su hijo y no las encontrara secas. No quería que su ropa u otros elementos personales se movieran de su sitio. Todo estaba intacto, incólume, exactamente igual a como él lo había dejado el día de su partida. Todas sus cosas parecían haberse congelado en el tiempo tras las gélidas corrientes de la ausencia y la espera.

En las noches se despertaba sobresaltada cuando escuchaba algún ruido afuera: creía que eran los pasos del hijo que llegaba, se levantaba y no encontraba más que alguna rama o fruta que había caído cerca.

La comida permanecía en las ollas, lista para ser servida en el instante en que él llegara, pero se llenaba de hongos y, finalmente, tenía que arrojarla al campo para reemplazarla luego por comida fresca, que satisficiera el enorme apetito que debía traer el hijo después de tanto tiempo de ausencia.

Los meses transcurridos no solo se han llevado consigo la alegría y la vitalidad de la madre. También se ha ido la posibilidad de progreso al verse anulados por completo los ingresos que venían únicamente del trabajo del hijo en el campo. Ella se ha visto enfrentada a la realidad de la supervivencia forzosa.

En la pequeña huerta había sembrado algunos alimentos para subsistir. Pero los demás los ha tenido que comprar y, como no tenía ahorros, poco a poco ha debido vender algunas cosas de la casa.

Así, poco a poco, los electrodomésticos que el hijo había comprado, así como la sala que aún no habían terminado de pagar, se fueron yendo con los compradores que estaban alerta de sus necesidades para adquirir cosas a menor precio. Solo se empeñó en conservar el televisor y un viejo radio porque creía que a través de los medios de comunicación podría recibir noticias de su hijo.

Paulatinamente, la casa se ha ido quedando vacía. Únicamente conserva las cosas personales del hijo. Las otras cosas las ha vendido y el dinero lo utiliza para la compra de comida y de velas para las imágenes en cuyos pies pone toda su esperanza.

Un día, alguien la enfrentó cruelmente a su realidad: “Cuando ya no tenga más que vender, ¿cómo va a sobrevivir?”.

Ella calló. No estaba dispuesta a prever el futuro nefasto que al parecer le esperaba en caso de que su hijo no regresara jamás. Su salud no ha sido muy buena en los últimos meses. No puede trabajar para ganarse un sustento. No posee más propiedad que la casa donde vive y no ha pensado en venderla aún. Prefiere, como devota que es, poner su vida y su futuro en manos de Dios.

Sus energías y preocupaciones están destinadas a esperar el regreso de su hijo o el desenlace fatal de su búsqueda. Incluso, en las noches más angustiantes desea de corazón recibir el cuerpo muerto del hijo para acabar con esta torturante incertidumbre. Algo en su interior sabe de sobra que el cuerpo del hijo enterrado en lugar seguro le ayudará a elaborar su duelo. La certeza de saberlo muerto le dará la posibilidad de enfocar sus energías en la búsqueda de su propia supervivencia. La incertidumbre le absorbe toda su energía, tiempo y vitalidad.

Las noches angustiantes no cesan. Las sábanas y cobijas se saturan de dolor, pero no alivianan la carga. Los días interminables no disipan su ansiedad. El tiempo pasa y su hijo no llega. No sabe cómo ha resistido esa enorme tortura ni mucho menos sabe cuánto tiempo más resistirá.

Pero de algo sí está segura: por su hijo vale la pena esperar.

■ LUTO ESPERANZADOR

¿Cómo comparar el dolor en el alma de las mujeres cuando han perdido a un ser querido en medio de la dureza del conflicto armado? ¿Acaso existe diferencia entre el dolor de una y el de otra?

Ellas, que lo dan todo cuando tienen a alguien amado, se desangran a chorros cuando lo pierden y quedan expuestas a las vicisitudes extremas de la vida, vulnerables, indefensas. La angustia y la soledad pugnan por sobreponerse al deseo de supervivencia. Tras el ser querido muerto se va parte intangible de ellas. Parte esencial en su ser de mujeres. Todo el universo existente se desmorona violentamente.

Quizás ese sentimiento una a estas tres mujeres desde el alma compungida, las lágrimas abundantes y el sollozo contrito y apagado.

Las tres, pertenecientes a tres generaciones distintas, penden del mismo hilo doloroso de la pérdida. Hilo roto por la violencia de la guerra que azota su vereda y su país.

Sentadas en una larga banca de madera que une sus cuerpos, haciéndolos tan cercanos como el dolor al

alma, las tres mujeres velan a su muerto. Juntas al lado del ataúd donde reposa el cuerpo del hombre que las había unido en el amor y que las continúa juntando en el dolor.

Ellas lloran inconsolablemente. A veces con suspiros tan hondos y silenciosos que parecieran no querer violentar el silencio inmaculado de la noche reinante en esta sala, La sala de la casa rural, convertida en lugar de velación por la maldad de la injusticia. Último rincón habitado por el hombre que en pocas horas desaparecerá físicamente de sus vidas, dejando el vacío inmenso y la certidumbre de un cambio abrupto.

La primera de las mujeres, la más vieja de todas. Una anciana decrepita que, al filo de la senectud, tiene que enfrentar la inversión del orden natural de la vida: los hijos enterraban a los padres. Ahora ella debía enterrar a su hijo, el bastón que la sostenía en el ocaso de la vida que él mismo ayudaba a conservar con sus cuidados amorosos.

La vieja madre, con su cuerpo senil y macilento, encorvado por el peso del tiempo sobre su carne, hunde el rostro en un blanco pañuelo para evitar que la humedad de su dolor le bañe el cuerpo, así como para ahogar en él los sollozos y no interrumpir con ellos el descanso sosegado de la noche y de su hijo que reposa en el cajón de madera.

Su vista inundada solo se aparta del ataúd para posarse sobre el enorme Cristo que han colocado en la pared, y

cuya sombra cae sobre el cajón, en señal de acogida. Acogida que, desde lo más profundo de su fe cristiana, goza al saberla digna de su hijo.

A su lado, la nuera, mucho más joven que ella, se desmorona. Su cuerpo se recarga con toda la dimensión de su volumen sobre la madera de la banca. Es como si sus energías se agotaran súbitamente. Como si algo dentro de ella se apagara por agotamiento lógico.

Solamente han transcurrido algunas horas desde que el esposo fue asesinado y traído por los vecinos de la vereda hacia la sala, arreglado, sin señales violentas aparentes, pues las heridas de bala estaban cubiertas por la ropa y debidamente taponadas para evitar sangrados. Desde entonces yacía allí con la naturalidad apacible y la palidez propia de quien se aleja del mundo de los vivos.

Todo este cuadro atenuó un poco el impacto de la familia y les permitió acomodarlo dentro de un ataúd recién traído del pueblo por un transportador amigo.

La esposa cierra los ojos queriendo desaparecer la pesadilla que está viviendo. Luego los abre de nuevo con la ansiedad de quien quiere encontrarse despierta ante una realidad distinta. Pero lo que ve no son rastros luminosos o mnémicos de una pesadilla. Es la realidad a la que ha sido abocada forzosamente por la inercia malvada de la guerra.

Su esposo está ahí realmente. No lo ha soñado, ni necesita incorporarse para ir al ataúd a observarlo dentro. Su más íntimo ser la mantiene en la noción de la realidad. Realmente ha muerto, aunque parezca mentira, una cruel mentira.

Se ha quedado sin el esposo, sin el hombre que le proveía lo esencial para vivir. Y no solamente lo material para el sustento de la casa y la hija, sino también el amor y la comprensión como materia prima para impulsar su existencia.

El esposo era quien se destacaba como la cabeza del hogar. Era quien tomaba las decisiones. Quien cuidaba de sus tres mujeres, la propia razón que tenía para vivir y luchar sobreponiéndose a las dificultades de la vida de pobres que llevaban.

La anciana, llena de enfermedades, tenía que permanecer bajo el cuidado vigilante y los medicamentos que no podían faltarle. La esposa, que con su capacidad de soñar le había ayudado a diseñar un proyecto de vida sobre el cual habían dirigido los esfuerzos en los últimos años: construir una casa en el centro de la pequeña finca. La casa estaba construida ya, pero debían a los bancos la mitad de su costo.

Los trabajos ingentes y esmerados en los cultivos demostraban el denuedo del hombre, dispuesto a no retroceder en el alcance de las ilusiones de la familia.

La esposa dirige la vista sobre su hija, una niña de 12 años: justo cuando se prepara para atravesar la

puerta de la pubertad, se ve arrastrada al infierno de la orfandad, despojada del padre amoroso que la pretendía guiar hacia las praderas de la vida de adulta ayudándole a sortear con estoicismo las inseguridades de la transición.

La mujer observa a su hija tan pequeña y frágil, que la confundió con su propia fragilidad. Pero supo que, más que una natural proyección de su debilidad interna, es una realidad existente dentro del cuerpecito infantil que ahora se doblega ruidosamente ante la tragedia.

Quiso abrazarla para infundirle valor, pero tuvo miedo de no ser capaz de transmitírselo y, en vez de eso, inundarla con su angustia. Dudó un instante, pero al verla tan triste, pálida y taciturna, se dejó llevar por el instinto maternal y le extendió uno de sus brazos sobre los hombros. La niña, que permanecía sentada junto a ella, impulsó su cuerpo hacia el pecho de la madre, halada por la enorme necesidad de protección y consuelo.

Una vez allí, en el regazo que aún sentía familiar, pues había crecido y fortalecido su personalidad protegida por él, vierte sobre este abundantes lágrimas y se hunde paulatinamente en un estado de tristeza y desconsuelo tan fuerte que, cree, morirá ahí mismo.

A medida que vierte su angustia de manera casi compulsiva, la madre aprieta aún más su abrazo con la ansiedad a punto de hacerle explotar su ser.

El dolor es fuerte y las une en un vínculo único, como si las almas estuvieran conectadas a una sola entrada de sentimientos y emociones, donde la comunicación se da por un solo medio: la angustia y el llanto.

Un gemido aterrador las alarma, y al mirar de dónde proviene, observan a la anciana que extiende sus agotados brazos sobre ellas con enorme angustia. El vínculo entre ellas ha sido tan fuerte y el dolor tan similar que no podría excluirse del abrazo familiar, el único que podría darles algo de consuelo en medio de tanta tristeza.

Los brazos de las tres mujeres se entrecruzan y terminan formando una sola masa, con un solo gemido, un solo suspiro y una sola fuente de lágrimas.

Ante ellas, el hijo, esposo y padre, recostado dentro del ataúd, es testigo silencioso de la escena desgarradora. Su palidez se ha acentuado con el paso de las horas. Su rigidez cadavérica aumenta con el frío de la muerte. Pero su alma pareciera flotar en el ambiente y dirigirse hacia sus tres mujeres.

Ellas perciben de pronto una paz que comienza a emerger desde el fondo de sus compungidas almas. Poco a poco, el sonido del llanto se hace menos fuerte. La fuente de sus lágrimas empieza a decrecer. Toda su angustia involuciona y deja tras de sí la sensación de que, aunque en medio del vacío, no están solas.

Estoicamente se reponen de la despersonalización sufrida segundos antes. La angustia se transforma paulatinamente en esperanza y el amor que les inspira el hombre dentro del ataúd las empuja sutilmente hacia la esperanza y el valor.

Las manos de la esposa toman un rosario que llevaba en uno de sus bolsillos y comienza a entonar un rezo. Los asistentes despiertan y la acompañan en las oraciones. En un instante, el ambiente en la sala se torna en luto esperanzador.

■ CASTIDAD EN LA GUERRA

La joven recién reclutada para la guerra se enfrentaba de repente a situaciones que no imaginó.

Ahí estaba, semidesnuda y frente a sus compañeros y algunos civiles que la miraban entre morbosos y burlones.

Por vez primera en su vida se tenía que bañar en un campo abierto, sin las comodidades que siempre tuvo en el baño de su casa. Nunca antes había visto caer tan pesadamente sobre su cándido cuerpo las miradas perversas de los hombres que trataban infructuosamente de cruzar la tela de la ropa interior para ver su intimidad.

Se sintió vejada y su virginidad violada al tener que soportar ese martirio. El agua que se vertía encima con un recipiente de plástico que llenaba en un pequeño tanque de abasto le resbalaba por la piel hiriéndola.

Inicialmente quiso convertir con avidez esa agua en cortina que, al resbalar por su piel, la cubriera de la mirada lasciva de los hombres, pero resultó inútil: el agua moldeó con más precisión su intimidad, y aumentó la lujuria en los ojos aberrantes de los espectadores.

Consciente de que se tendría que adaptar a su nueva vida con todo y esto, hacía enormes esfuerzos para aparentar valentía. Pero los compañeros se reían de ella. Era evidente que nunca antes alguien la había visto sin ropa.

—Acostúmbrase, compañera, que esto será de todos los días —le dijo una combatiente solidarizándose con ella.

La joven adolescente la miró con sorpresa. Hubiera deseado que le dijera que eso no se volvería a repetir. La asustó la sola idea de la tortura eterna.

La combatiente comprendió su inquietud y le aclaró:

—Se acostumbrará a bañarse en frente de todos, y ellos también se acostumbrarán a usted y no la mirarán así siempre.

Los hombres se miraron unos a otros y rieron al tiempo. Realmente estaban divirtiéndose a costa del pudor de aquella adolescente. La jovencita creyó eterno el tiempo del baño y solo pudo sentirse aliviada al momento de introducirse en un rincón de la casa para secar su cuerpo y vestirse, acompañada y protegida por su compañera.

Librarse de la torturante mirada de los hombres la alivió, se quitó un peso de encima. No obstante, seguía sintiendo una profunda sensación de humillación y violación que minaba su alma.

La compañera cuidó que la intimidad de la nueva combatiente no fuera violentada por sus lascivos compañeros, pero al notar que esta tardaba más de la cuenta, se dirigió a ella y se sorprendió al verla con lágrimas en su rostro.

—¿Qué le pasa? —preguntó conmovida.

La joven adolescente no emitió respuesta y soltó un sollozo tan fuerte que le hizo doler el alma a la compañera. Ella la abrazó y dejó que la adolescente vertiera sobre su hombro toda la angustia que llevaba en su alma.

Después de un momento, le dijo:

—Tranquila, ya se acostumbrará.

La jovencita la miró a la cara y le expresó entre sollozos:

—Es que yo soy virgen. Yo pensé que el cuerpo era sagrado, y ellos me hicieron sentir un objeto.

—Aquí —le respondió con sinceridad la compañera— no existe cuerpo sagrado. Todos ellos son buitres hambrientos y nosotros las presas. Se tendrá que acostumbrar.

Sintió que los sollozos de la joven absorbían su hombro y continuó con la misma sinceridad:

—Y eso que esto es lo de menos. Luego vendrán los asedios directos. Va a tener que acceder a muchos.

—¿Cómo así?, ¿qué quiere decir? —preguntó la joven alarmada e intrigada.

—Que su virginidad debe quedar en la casa de donde viene, porque aquí no la podrá conservar.

—¿Por qué? —le gritó.

—Porque su servicio a la guerra no será solo con sus manos y fusil, también tiene que ceder al apetito sexual de algunos compañeros que nos necesitan.

La joven levantó la cabeza y la miró extrañada.

-No se alarme —le siguió diciendo con dulzura—. No la van a violar, pero ellos van a necesitarla y al final verá que también los necesita a ellos.

—¿Como una puta? —le preguntó ansiosa.

—No, claro que no. No la van a obligar, pero estarán esperando que les dé compañía un tiempo. La compañía entre nosotros es vital para aguantar esta guerra.

La mirada de la joven continuaba expresando inquietud.

—Si no quiere, no los acepta. Pero verá que ellos la necesitarán y usted necesitará de ellos, y la moral sexual que le inculcaron en la casa no significa mucho. Aquí —y le tomó el rostro para asegurarse de que la mirara— es más importante la compañía y el cariño

que nos profesemos los unos a los otros, porque la guerra es dura y solo la compañía de alguien nos hace conservar la humanidad, lo que hacemos con las manos no es de humanos.

La combatiente sintió su rostro transformarse en una expresión sombría y amargada.

La joven hundió su rostro en el pecho de su amiga y dejó que la abrazara maternalmente. Una gran tristeza y decepción la embargaron. No imaginó que el mundo al que quiso escapar resultara más aterrador que su casa.

Durante muchos días planeó huir de un hogar asfixiante. Ya se había cansado de las normas y la moral estrictas de sus padres. Se había rebelado en varias ocasiones enfrentando la autoridad de los padres, quienes, a su vez, cerraban más la norma, convencidos de que era la única forma de controlar a una adolescente rebelde. Los últimos meses fueron insoportables para la joven, que necesitaba urgentemente una salida de la *cárcel*, como había denominado a su casa.

“Todo es por su bien”, le repetían incansablemente los padres, tratando de justificar sus normas. Ella se rebelaba, pero, finalmente, ellos ganaban y la adolescente terminaba encerrada en su cuarto llorando y maldiciendo su suerte.

Intentó una salida: irse a vivir con su joven novio y armar un hogar propio, pero él huyó aterrado ante

semejante responsabilidad. No la volvió a llamar ni le contestó sus llamadas.

Desconsolada intentó buscar las drogas. Aunque le habían advertido que eran malas para su salud, aprovechó que una pareja de amigos consumía marihuana y la probó, pero su experiencia no resultó grata. Las sensaciones la aterrorizaron aún más. Así que vio en un grupo armado irregular la opción para cambiar su vida.

Aquí estaba, en la guerrilla, próxima a empezar su entrenamiento militar, próxima a enfrentar su primera noche fuera de casa, de la comodidad de su cuarto y la seguridad de sus paredes.

Le pareció de pronto que esta vida rural a la que se estaba enfrentando era demasiado pesada. Nunca antes había estado en el campo, más que a un kilómetro del pueblo. Nunca había dormido en cambuches incómodos ni con la compañía de los bichos de la selva. Nunca antes creyó que perdería su intimidad tan preciada y jamás imaginó que entregaría su virginidad a cambio de la compañía en esta selva, ni mucho menos que sería su cuerpo objeto distinto de amor.

Se dio cuenta, entonces, de que había dado un paso hacia la salida equivocada. Había cruzado la puerta al vacío y no lo notó hasta que era demasiado tarde. Aquí, y ya se lo había advertido su compañera, no tenía manera de arrepentirse o echarse atrás.

“Cuando uno toma la decisión de ingresar a la guerra, no tiene reversa”, le dijo ella horas antes, y mientras la guiaba por el fango de los sinuosos caminos hacia el lugar de paso a su campamento, donde sería entrenada: “De aquí solo salimos por la victoria o la muerte”.

La jovencita creyó en esos momentos morir de angustia. Quiso pedirle que la dejara ir, pero tenía claras las normas. Su decisión era definitiva. Se sintió de pronto absorbida por un remolino poderoso y supo que no había salida de él.

■ EL SACRIFICIO DE BEATRIZ

Parado en la mitad de su reino, el sol mira con desprecio al pequeño poblado que se derrama desordenado sobre la montaña y, como si quisiera acabarlo, le dispara inclemente sus rayos carbonizantes, los cuales convierten las calles pavimentadas en gigantescos hornos donde se derriten las almas como plomo en crisol y se evapora la esperanza hacia el cielo; aquella regresa luego solidificada como certeza que lastima el más recóndito rincón del alma de Beatriz: la hace sentir la más desdichada de todas las criaturas que habitan este infierno.

En su mente, imborrable, está adherida la imagen de su bebé, allá en la sección de urgencias del hospital, con suero pegado a su pequeña mano, convulsionando por la fiebre avivada por el intenso calor del mediodía y con el horroroso estridor de la neumonía que lo matará en horas, si no le aplica el costoso tratamiento que le ha sido prescrito.

Esto la llevó a su límite: por la vida de su hijo decidió hacer lo que tanto le aterró, lo que detestó.

Ahora, decidida, camina a pasos largos por las incandescentes calles, con la premura de la convicción

de que tiene que ser ya o su hijo morirá. Se dirige al lugar menos deseado, al lugar donde la espera el hombre para quien trabaja desde hace dos meses, a la casa del hombre más detestable.

Por un instante, la imagen de su hijo se disipó y le dio paso a la imagen fofa de su patrón. Lo odió, lo odió en ese instante más que nunca. Odió ese rostro lujurioso que con su mirada lasciva la desnudaba cada vez que la miraba, y su voz llegó a su recuerdo como trueno: “Eso no es nada, solo es un rato y se gana la platica”. Lo maldijo mientras se enjuagaba las lágrimas que lacerantes rodaban por su rostro.

Cuando llegó a la casa quiso derretirse y ser absorbida por el pavimento antes de tocar, pero su hijo muriéndose le gritaba que se sacrificara por él. Entonces, tocó la puerta con el miedo de quien sabe que le abrirá un monstruo y la ansiedad de quien necesita que el monstruo le abra.

Le abrió su patrona y los ojos de Beatriz se dilataron por la alegría, la vio como su tabla de salvación, aunque pronto se desvaneció la ilusión: ella no podía hacer nada, la plata la manejaba el esposo, a él tendría que llegar, por él tendría que preguntar.

—¿Está don Francisco? —. Su voz se quebró de dolor al pronunciar ese nombre.

—¿Qué te pasa, Beatriz? —preguntó alarmada la buena señora al observar la angustia de su empleada,

lo que provocó que Beatriz rompiera a llorar. —Por Dios, ¿qué pasó? —preguntó más alarmada aún.

Luego de emitir una serie de sollozos que estuvieron a punto de desintegrar su alma, Beatriz respondió:

—Mi bebé se está muriendo y necesito que don Francisco me preste plata.

—Por supuesto que sí, Beatriz —le respondió una voz gruesa desde el fondo de la casa—. Pase, yo se la doy.

Beatriz pasó por el espacio que dejó su patrona entre su cuerpo y la puerta y se dirigió al patrón con la mirada baja y la conciencia aplastando sus espaldas.

—Necesito —dijo en medio de un sollozo lastimero— que me preste 200.000 pesos.

No se atrevió a mirar a su patrón, solo se limitó a esperar una respuesta.

—¿Y cuál es la urgencia? —dijo sonriendo cínicamente, indiferente ante el dolor de Beatriz. Ella sintió un odio más profundo hacia su jefe. Sintió clara la alegría del hombre ante su situación. Sin duda se aprovecharía. Luchando contra su rabia, le imprimió a su voz un tono de súplica tratando de conmover al hombre que ahora era su salvación.

—Es que mi niño está en el hospital y si no le compro la droga que le recetaron, se va a morir—. Casi no

termina la frase y su rostro se ocultó dentro de las manos, donde vertió todo el dolor que cargaba su alma.

Mientras el patrón regresaba del cuarto donde se fue a buscar el dinero, Beatriz recorrió con mirada ávida la pequeña sala que tantas veces ha limpiado. Reparó en los dos sofás que rodeaban una pequeña mesa de madera con superficie de vidrio, sobre la cual un florero de yeso cargaba pacientemente un ramo de flores artificiales de diversos colores. Luego la mirada recorrió el piso pulcramente aseado, de baldosas color marrón. Siguió con su vista una de las líneas de las baldosas y llegó hasta el punto donde era interrumpida por unos zapatos blancos tipo tenis, que la obligaron a cambiar la dirección. La mirada ascendió verticalmente por los *jeans* azules y una camiseta blanca que cobijaba un cuerpo esbelto, hasta el rostro de facciones seniles y unos ojos aguados que la miraban con lástima.

—Ojalá se salve tu hijo, Beatriz—dijo la voz de la patrona más tierna que nunca, quien impávida permanecía en la puerta sin soltarla desde que le abrió.

Para no explotar en llanto, Beatriz se giró sobre su cuerpo y trató de obstaculizar las lágrimas que pugnaban por salir de los ojos forzándolos a recorrer las paredes color azul claro, con la esperanza de hallar en ellas algo de que asirse para aguantar; y lo encontró pronto: un cuadro, una fotografía enmarcada en madera donde sus patrones con su niña sonreían con la alegría de tener una familia. La figura del esposo la sacudió con fuerza: no era el odio hacia su jefe, era

el recuerdo de su difunto marido, que de repente le golpeaba el cerebro con el más brutal de los reproches:

“No puedes convertirte en una puta”, una angustia más grande aún le asaltó el alma a la afligida mujer. Su marido, conduciendo las riendas de su conciencia, le recordaba en ese instante la inmoralidad de sus actos:

“No puedes serme infiel a tan solo dos meses de muerto, no puedes convertirte en una puta”.

Sí, iba a ser puta, o, mejor, ya lo era: bastaba con acudir al patrón, ya le estaba diciendo indirectamente que le aceptaba su aberrante propuesta, y le tendría que pagar con lo que él deseaba. Pero ya estaba decidida: lo haría por su hijo, aunque no sobreviviera al peso de su conciencia.

Agobiada, dejó caer su cabeza sobre el pecho y para contrarrestar su peso y evitar que arrastrara el cuerpo hacia el piso, apoyó las manos sobre su frente y luego cobijó con ellas todo su rostro para ahogar un estertóreo grito que la dejaba sin aire y sin fuerzas para seguir en pie.

Más tarde, en el hospital, la mirada de Beatriz, contraída por la tristeza, se aparta rápidamente de su hijo para clavarse sobre los vidrios traslúcidos de la ventana, que, aunque no la deja ver hacia la calle, sí le permite observar tenues sombras que se mueven al otro lado como fantasmas vagando en la incertidumbre.

El propósito de Beatriz era no observar cómo la mano de la enfermera clava inmisericordiosamente la terrible aguja hipodérmica en la carne de su bebé para suministrarle el medicamento que le atacará directamente la neumonía.

Pero no puede escapar del todo a ese dolor, pues el llanto débil llega a sus oídos lastimándolos y transmitiéndole directamente a lo más profundo de su ser de madre el dolor que en ese momento siente el niño. Entonces, sus pasos huyen arrastrándola consigo a través de los pasillos hacia el baño de mujeres, y deja un rastro indeleble de dolor en el suelo y de tristeza mezclada con lágrimas que se pegan al piso, rebeldes, decididas a descomponer el sólido suelo de baldosa que se resiste a dejarlas penetrar a su ser.

Ya frente al espejo, Beatriz observa la silueta desconocida de una mujer con algunos rasgos parecidos a lo que ella misma ha sido y que la acusa con la mirada. Decide confiarle sus emociones, las que están a punto de salir en explosión arrastrando la masa hacia el eterno e infernal mundo que la rodea:

—No quiero perder a mi hijo... No quiero ser puta.

Sollozando con fuerza se queda mirando a la mujer del espejo, que en un gesto de compasión ha decidido llorar con ella.

La figura que se refleja es una mujer de 32 años, de cara hermosa, tez canela y ojos cafés cuyo

enflaquecimiento no le ha podido disfrazar la belleza natural de campesina, aquella de la que se enamoró 15 años atrás Luis Alberto, el agricultor que terminó casándose con Beatriz apenas ella cumplió sus 18 años.

La imagen del difunto esposo, ahora cuando se siente culpable de traición, le pesa tanto que el cuerpo cae sobre el espejo y de no ser porque la mujer flaca del otro lado la sostiene, habría caído al suelo. Y se quedan allí, ambas tomadas de las manos, con sus rostros pegados uno del otro, llorando juntas con el ansia de verter lo más terrible de adentro a través del caudal abrasivo de lágrimas que resbalan sobre el vidrio y deforman la imagen de la mujer, que lentamente se esfuma, oculta por el aliento de Beatriz que forma una densa nube; esta, en poco tiempo, cubre todo el espejo.

Al sentir que se ha quedado sola, Beatriz se deja resbalar lentamente sobre la pared hasta el suelo, donde se queda sumida en los más torturantes recuerdos. La cabeza resbala por la pared hacia el hombro izquierdo, al que arrastra en trayectoria circular descendente hacia el piso, donde ya lo esperaba el resto de su cuerpo. Finalmente está tirada, la cabeza entre sus manos y la nariz pegada a la fresca baldosa, la cual, de inmediato, se humedece con su aliento y lágrimas, mientras en compulsiva catarsis llora, llora y llora, hasta que sin fuerzas para e intenta moverse como si no tuviera huesos o sobre ellos existiera una masa gigante, cuyo peso no le permite hacerlo. Se queda así, exhausta, compungida y confundida.

Poco a poco, conforme van saliendo las amarguras, dándole espacio al alivio transitorio, imágenes cada vez más claras retornan a su mente. De repente se ve en su vereda, frente a su esposo, quien le sonríe con gesto de amor infinito volcado a su rostro y la conduce de la mano hacia la pequeña casa de paredes de ladrillo sin cubrir y piso de cemento rústico, por donde entran hasta la sala. Allí los espera el nido de amor: una cama de madera coloridamente cubierta, donde se sientan.

Allí Beatriz se abandona en los brazos fuertes de su marido, que la rodean para protegerla de la inseguridad, como adelantándose a lo aciago que vendría como huracán destruyendo lo bello. Lo bello adornado por la gravidez del vientre de 37 semanas de evolución y el rincón más hermoso de ese nido de amor. Ya habían llegado a sus vidas los mellizos de 14 años y la niña de 12, quienes en ese instante se hallaban en el colegio. Tenían espacio privado para manifestarse el amor a plenitud, como lo deseaban desde las hormonas hasta el corazón.

—Se nos puede venir el bebé —le había dicho ella, mientras él la empujaba sutilmente por la espalda contra el colchón, y ya sobre ella, su rostro hermoso y sonriente como un ángel se asomó a su alma, para darle tranquilidad y obligarla a abandonarse a sus brazos, feliz y segura de habitar el cielo.

Un perro ladrando persistente les hizo sentir que alguien había llegado y él decidió salir a ver. Ella se

quedó de espaldas sobre la cama, los pies sobre el piso en espera de su regreso, hasta que un sonido fuerte la obligó a levantarse presurosamente a pesar de su embarazo. Corrió afuera y vio en la entrada de su casa a dos hombres de camuflado, con fusil en mano, listos a disparar de nuevo, y bajo sus pies, Luis Alberto bocabajo, sangrando abundante y convulsionando como si la muerte le estuviera arrancando sus vísceras.

No vio más, cayó desmayada y cuando despertó estaba en un hospital. Ya los médicos le habían sacado con fórceps su bebé para salvarlo, pues había iniciado el parto en medio de su desmayo, y cerca de esa habitación, su esposo reposaba en la estrecha morgue. Entonces, Beatriz sintió que la vida le había cambiado radicalmente y se vio tan desolada como ahora, dos meses después, tirada sobre las baldosas de ese baño, sin los brazos protectores de su marido, viviendo lejos de su finca, en ese pueblo, como desplazada con sus cuatro hijos, quienes se habían convertido en una carga a la que ella no estaba acostumbrada sin la ayuda de su esposo, y a punto de convertirse en una puta por la necesidad económica; en una puta como la que desde pequeña aprendió a odiar, como la puta que no imaginó jamás que llegaría a ser.

■ EL ÚLTIMO BESO

Volveré, te lo prometo— le dijo él al despedirse mientras depositaba un beso cálido en el rostro pálido de su amada.

—Con la protección de Dios lo haré. ¿Confías en mí y en Dios? Entonces espérame.

Él se alejó con el corazón latiendo ansioso ante un temor que no podía describir. La sola idea de tener que pasar por el infaltable retén antes de ingresar al pueblo lo aterrorizó. Su amada compartía ese temor, por eso no quería dejarlo ir.

Y partió en la escalera que subió puntual, con rumbo al pueblo, al retén tenebroso que los violentos habían instalado desde hacía semanas para controlar el ingreso y salida del lugar que custodiaban celosamente.

Los días pasan y se suman a las semanas y a los meses... Nadie ha regresado aún al lado de aquella mujer enamorada.

La espera se vuelve tan larga como la agonía del tiempo que palidece tras los cadáveres de las horas y los segundos.

La incipiente luz solar, que no alcanza a calentar la frialdad de un alma agónica, ni mucho menos a iluminar el camino por donde de un momento a otro llegará el fin de la espera, pareciera agonizar con la misma rapidez con la que el amante se despidió, y con la que pasa el tiempo sin que regrese a su lado.

No ha querido apuntar en ningún papel ni calendario las fechas de espera. No se ha permitido la suicida acción de marcar el rastro del tiempo sobre la superficie de algo tangible, porque le dolería tanto que la despertaría de su letárgico sueño. Es preferible seguir pensando que el mundo gira despacio y que el tiempo es más lento, y que él acaba de despedirse.

La historia describía pasos rápidos en su proceso: varios gobernantes habían pasado por el poder en su país. Todos con sus vicios políticos y su capacidad corrupta cada vez más extraordinaria. Desastres humanos y naturales habían intentado moldear la cultura y la geografía del planeta. Dentro de su propia alma, cosas parecieran haber endurecido la roca que la aplastaba. El espejo distorsionaba la imagen de la joven que él había besado al despedirse: la hacía ver senil y agotada. Tantos cambios, tantas cosas en tan poco tiempo, pero valía la pena esperar.

Todo segundo transcurrido en la espera avivaba más ese amor que por él sentía. Toda noche acompañada de la soledad de su cama le reforzaba la necesidad de seguir esperándolo. Todo recuerdo lindo de su amor la convencía de que valía la pena esperar, y, sobre todo,

que valía la pena por la fortaleza que esa espera le inyectaba en su amor, el cual, a su regreso, ya nada debilitaría.

No le importaba lo que el mundo le gritara, tampoco los rastros dejados por el tiempo y la historia sobre la superficie del planeta. Menos tenía importancia el espejo que se había confabulado con el mundo para hacerle creer que algo muy largo había pasado ante sus ojos sin que lo viera. Sus arrugas se evaporarían ante las caricias del amado después de su regreso. La roca en su alma se derretiría ante su presencia. El calor de su amor calentaría el frío existir que parecía consumirla desde dentro...

Todo cambiará cuando él asome a su puerta y le diga: "Amor, he regresado".

■ EL NIÑO QUE NO TUVO TIEMPO DE JUGAR

Él era un niño como ningún otro niño de su época. Se mostraba más maduro y responsable, no obstante que jugaba y se divertía como los niños de su edad.

Acababa de cumplir 13 años y era de estatura mediana, piel blanca y muy limpia; cabello negro peinado a la moda; su piel, así como su mirada, era cautivante, parecía una hermosa flor que apenas comenzaba a abrir sus capullos.

Pero de pronto la guerra que arreciaba en el país lo alcanzó. Fue así como de repente fue seducido por el poder que representaban las armas que portaban los combatientes que dominaban la zona. Estos vivían bien, comían abundantemente, sus bolsillos estaban siempre repletos de dinero, eran respetados por los civiles, que hacían siempre lo que ellos ordenaban. Imponían todo el tiempo su punto de vista y nadie se atrevía a contradecirlos. Todo ese poder lo deslumbró tanto que aceptó la primera propuesta del hombre que comandaba el grupo.

Muy pronto el niño se vio con una pistola al cinto y, aun sin aprender a manejarla, comenzó a obedecer

las órdenes del comando. Se le veía en los buses escaleras de un extremo de la vereda a otro cuidando que no pasara nada en contra de los que le pagaban.

Durante los primeros días todo fue calma. Su única obligación era servir como vigía. Las manos del niño comenzaron a perder la dureza y aspereza del campesino que trabaja duro. Su piel se volvió tan blanca como la del resto del cuerpo. Sus ojos negros de mirar profundo se convirtieron en los radares más potentes y auscultaban todos los lugares y las personas para encontrar en ellos algo sospechoso. Pero no veía nada más que rostros simpáticos, unos, y otros menos simpáticos, nada que le dijera que estaban en contra de la guerra.

Cada vez que iba en la escalera de un lado a otro, cumpliendo con su misión, notaba que se hacía más popular. Las miradas ahora se clavaban en su rostro más que nunca. No supo distinguir cuándo esas miradas eran de admiración por su belleza o de reproche por su actividad; así como nunca supo quién lo habría de delatar ante sus enemigos, que cada vez se acercaban más a esa zona amenazando con desplazarlos de allí.

El niño vivía bien, y aunque todavía no le enseñaban a manejar la pistola, él la cargaba orgulloso, como alguna vez cargó orgulloso su carro de juguete o su balón de fútbol.

Intempestivamente llegó un comando enemigo hasta su vereda. Su llegada fue tan rápida y sorpresiva que no les dio tiempo de escapar a él y a tres compañeros

más. Los otros fueron muertos en un combate tan rápido como desigual.

El niño no se pudo defender porque no sabía disparar su pistola. Sin embargo, se pudo esconder tras una gran roca para salvar su vida.

Cuando los combatientes se le acercaron, el niño temblaba de pies a cabeza, y nunca supo cómo le quitaron su pistola, la que aún sostenía en sus húmedas manos.

Era tanto el miedo que el niño no entendía bien lo que le decían y respondió mecánicamente. Fue así como dio su nombre y el tiempo que llevaba dentro del grupo, además de su edad.

Conmovidos, los hombres decidieron no aprehenderlo, pero lo condenaron al destierro. Aquellos hombres, para intimidarlo más, le propinaron una golpiza con sus manos y las culatas de los fusiles.

El pequeño, dolido su cuerpo y más asustado aún, huyó como se lo habían ordenado, pero a pocos kilómetros fue interceptado por sus compañeros de grupo, quienes, al darse cuenta de su intento de desertión, optaron por aplicarle el único castigo existente para este delito: la muerte. Lo condujeron hasta el río y allí murió en manos de quienes había servido, los mismos que lo habían sacado de su mundo feliz en su afán de poder.

El cuerpo fue arrojado al río Arma, justo a las aguas donde el niño tantas veces nadó.

■ NO QUIERO PARIR UN HIJO PARA LA GUERRA

El partero se aferra al cacho de la montura cuando la yegua, obedeciendo al instinto, se alza en sus patas traseras al sentir la brida halada hacia atrás. El partero se asusta un poco, a pesar de que ya está acostumbrado a montar en estas bestias y a sentir toda clase de movimientos bruscos ocasionados por los resabios de los animales, o la dificultad del terreno donde caminan con su carga a cuestras.

Por fin, después de dos horas de rápido caminar, la bestia se adentra por un angosto camino, hasta entonces desconocido por el jinete. El arriero se había quedado muy atrás en casa de una mujer que tal vez le gusta, a juzgar por los gestos observados en él al mirarla. Pero la soledad del binomio bestia-hombre por este sendero sinuoso y selvático no le produce miedo al partero, que confía plenamente en la sabiduría de la bestia para llevarlo hasta su propia casa. Quizás orientada por impulsos naturales a buscar su hogar y comida, o tal vez por impulso de querer cumplir a cabalidad la tarea de su amo dejado muy atrás y llevar este hombre ante su ama, que está a punto de dar a luz un nuevo miembro de la amplia familia.

De pronto, al pasar por una casa, la única encontrada después de varios kilómetros de selva intensa, y de

observar cómo la yegua evita entrar a ella siguiendo de largo, el jinete decide detenerla para aprovechar la presencia de una mujer de aspecto macilento que se ha asomado curiosa a ver pasar al partero de la vereda. Le pregunta por el camino y destino, que hasta ese momento solo era conocido por el animal.

La mujer sonrío mostrando un par de dientes de oro al lado de grandes agujeros donde alguna vez hubo otros dientes, y en tono afable le muestra el camino, que no era otro que al cual la yegua se dirigía.

Por fin, la estrechez del sendero que advierte la inevitable llegada al fin del mundo y el avistamiento de una casa en un pequeño morro donde parece terminar la geografía visible, el alivio a los músculos cansados de la montura y la meta de su quehacer le producen alivio temporal. Los pasos de la yegua se aceleran al acercarse a la casa como queriendo deshacerse del molesto e impráctico jinete, o tal vez por la necesidad de descanso y alimento.

Una familia numerosa, vestida por la vitalidad de varias generaciones, se asoma con la alegría en sus rostros. Prestos a recibirlos y acogerlos en su casa, sostienen las riendas de la yegua y esperan la bajada del jinete con un delicioso refresco para alivianar su cansancio. El interrogante acerca de si es esa la casa de donde lo habían mandado llamar, o la casa de la yegua, parecía sobrar en ese instante. Era más que obvia la respuesta.

Un anciano parco y demacrado conduce la bestia a sus corrales para brindarle descanso y comida, mientras

que un par de jóvenes hembras sonríen afablemente al visitante mientras vierte con avidez el líquido en su garganta.

En tanto reciben el vaso en sus manos, ofrecen respuesta al interrogante que el partero les hace, asintiendo positivamente y conduciéndolo al interior de la casa de madera con pisos de tierra, donde espera la gestante. Mientras hace su ingreso, el partero observa los rostros de distintas edades que se asoman desde las puertas contiguas, las habitaciones por las que pasa y los corredores amplios de tierra donde un universo de vidas habita. Sin embargo, no se atreve a preguntar si todas estas personas son integrantes de la misma familia: sabe que en el transcurso de la tarde lo descubrirá.

Luego de atravesar una alta puerta que conduce a una habitación cuyos pisos parecen estar por encima del nivel del resto de la casa, llega hasta la habitación donde se encuentra con un cuadro de ansiedad, evidenciado en los rostros de la enferma y su partera.

La partera no puede disimular su alegría ante esta llegada y las razones son explicadas mediante la anamnesis que el partero lleva a cabo en intento por entender la situación.

Después de entender que esta ansiosa partera ha enfrentado dos días de trabajo de parto sin lograr llevarlo a feliz término, y que la propia gestante ya considera todo un suplicio el proceso a juzgar por la

debilidad de su cuerpo y ánimo, el partero observa cómo la señora huye de esa habitación con el afán de quien se quiere liberar de una pesada carga.

Tras la auscultación de sus signos vitales, en la cual tanto el tensiómetro como el termómetro muestran cifras aceptables, y al percibir con sus manos y oídos la postura del bebé, sus movimientos internos y su frecuencia cardiaca, las palabras del hombre para la ansiosa madre y su enorme ejército de damas de distintas edades son de aliento.

Con la noticia de que todo está bien y el parto terminará felizmente, los rostros se iluminan alegremente y la casa empieza a dinamizarse mediante actividades variadas, que van desde el aseo general, pasando por la preparación de alimentos para la visita, hasta el descanso y juego de los más pequeños.

Las horas transcurren al ritmo del goteo del suero a través del tubo canalizado a una de las venas de la mujer; esta le describe minuciosamente los distintos procesos de parto vividos en su larga experiencia como madre: a sus 49 años de edad, este es el número 14. Para el partero parece juntarse la imaginación con la ciencia ficción, y la lógica se embolata un poco detrás de la realidad vivida en lo más profundo de estas espesas montañas.

Más tarde surge un elemento que, a los ojos del experimentado partero, ofrece una explicación al fenómeno vivenciado hoy. Si bien es cierto que a su

edad, tantos procesos de gestación y la impericia de la anterior partera pudieron configurar un proceso de parto aparentemente conflictivo, era también cierto que la situación psicológica de la mujer no propiciaba el normal nacimiento del bebé. En otras palabras, parece que esta mujer no desea, por nada del mundo, dejar llegar ese bebé a un mundo representado hostil y doloroso.

La queja de la madre mientras describía su historia familiar y personal era tan repetitiva como lamentosa. Su discurso giraba alrededor del otorgamiento de valores intrínsecos a la labor de ser madre y las consecuencias nefastas de ver crecer a los hijos, que se terminan perdiendo en la sinuosidad del camino de la vida. Aunque nunca describió con certeza lo que realmente le preocupaba, era evidente que no quería que la suerte de los hijos mayores le tocara al futuro bebé, tampoco a ella misma.

Con todo esto, era fácil inferir una gran tragedia familiar dentro de esta casa y su relación con la situación actual. Sin embargo, el partero tenía que dirigir la conversación, dejando traslucir un futuro más positivo que el que la madre observaba.

Con el paso de las horas y las palabras de alguna de las hijas mayores, el partero fue teniendo la certeza de que los varones mayores estaban como combatientes en la guerrilla que dominaba toda esta región. De manera que la idea ya muy conocida por este hombre de una madre sufriendo por los hijos reclutados, que

se repetía interminablemente en toda la zona, se hizo clara una vez más. La empatía que el partero poseía con sus pacientes le permitió sentir la tragedia de aquella gestante como excusa para no querer tener un hijo más.

Ya al caer la noche, la dinámica del parto que parecía normal se fue haciendo cada vez más anómala. Tanto que para la media noche ya no cabía la menor duda de que este caso había que remitirlo al hospital más cercano, a nueve horas de camino.

Sin más herramientas médicas que unas cuantas bolsas de solución salina y las infaltables yerbas que inyectaban energía y servían de oxitocina en los partos, junto a las oraciones del anciano esposo y de algunas de las vecinas más devotas, que rogaban por la pronta solución a la dificultad del niño para nacer, el partero enfrenta la situación durante las horas del amanecer y nuevo atardecer mientras se consolida aquella remisión. Los vecinos participan activamente en la convocatoria de hombres para cargar a la enferma y en la elaboración de la camilla.

Con el ruido de los clavos, machetes y maderos utilizados en la fabricación de la camilla que sostendrá el pesado cuerpo de la mujer durante nueve horas de trayecto, el partero escucha la confesión de los dos jóvenes hermanos sobre la realidad de aquella familia: los jóvenes le confiesan que la madre sufre porque sus cuatro hijos varones están al servicio del grupo armado ilegal.

Dos hijos combaten en las filas de la guerrilla y los otros dos sirven como milicianos o guerrilleros externos. Tanto los dos internos, que combaten casi a diario, como los dos milicianos son blanco fácil de la crueldad del conflicto. De ahí la pesadumbre de la madre, reforzada por la total ausencia de noticias de estos dos combatientes, de quienes no sabe nada desde meses atrás.

Las mujeres vecinas apoyan con la preparación del fiambre que deberá ser llevado por la caravana para alimentarse durante el largo trayecto. En la cocina crispa la leña que hace hervir el agua de panela con la cual harán chocolate con astillas de canela, tanto para energizar a la gestante como a los hombres que la cargarán.

De repente, a eso de las 8:00 de la noche, aparece entre las penumbras uno de los hijos perdidos. Tras conversar con sus hermanos y ponerse al tanto de la situación, opta por no decirle a la madre la verdad de su visita para evitar complicaciones. Así que se para en la puerta de la habitación donde yace su madre y, con un gesto aparentemente desprovisto de calidez y afecto, la saluda sin decidirse a acercarse a ella.

Solo ese gesto de saludo y la propia visión del hijo presente ante ella le sirven de alivio a su compungida alma. “Alíviase, vieja, porque la semana entrante viene el otro hijo a gozar del permiso que hoy disfruto yo”.

Era todo lo que la madre quería escuchar. Aún estaban vivos sus dos hijos. La alegría sentida inunda

de energía su cansado cuerpo, y bajo lágrimas de dicha y agradecimiento a Dios por ese regalo, inconscientemente decide darle permiso al bebé para que salga de su vientre. Es entonces cuando el ritmo del proceso de parto revive de las cenizas y empieza a ilusionar y vigorizar el ambiente.

Ya cuando las gallinas están cocidas en delicioso caldo con yucas, papas y plátanos, junto al arroz sudado y las arepas asadas a la brasa, dispuestas a nutrir a los hombres y mujeres que acompañarían la caravana hacia el lejano pueblo, el llanto del recién nacido se extiende por el entorno con melodiosa sinfonía y se junta con las exclamaciones de alabanzas a Dios por el feliz término de aquel sufrido parto.

A medianoche, los sonidos de las cucharas y paladares degustando el fiambre que alimenta las ávidas bocas de todo un ejército solidario se confunden con los cuchicheos surgidos del interior de la habitación de aquellas mujeres encantadas ante la belleza del recién nacido, quien reposa en el regazo de su madre, la misma que a la vez sonrío eternamente inundada en dicha absoluta.

Luego, y ya entrada la madrugada, la casa se envuelve en silencio absoluto. Todos los vecinos se han ido a sus casas, la familia se ha acostado y el partero reposa en una cama con colchón de estera elaborada con material vegetal seco; se entrega al sueño para al otro día regresar con la satisfacción del deber cumplido a su casa, varias veredas más arriba.

Al día siguiente es puesto al tanto de la verdad que el joven guerrillero venía a traerle a su madre. Una verdad tan cruel que, de haber sido expresada, habría derrumbado a la mujer y tal vez impedido que llegara con vida al hospital del pueblo. Los comandantes le habían dado permiso para que fuera a la vereda a compartir con su familia el dolor ante la muerte en combate del otro hermano. Este tiene que ser un secreto que los dos hijos varones y el cansado padre guarden hasta que pase la dieta, periodo de 40 días en el cual la madre y el niño estarán sometidos a cuidados especiales para asegurar la salud futura. Después, quién sabe cómo se lo dirán...

■ EL PLANETA TER

Había una vez un pequeño planeta llamado Ter, el cual era habitado por unos seres diminutos y bondadosos que vivían en completa armonía con su medioambiente y con ellos mismos. Eran como un todo que compartía desde lo más vital, como los recursos naturales, hasta sus propios sentimientos.

Todo el planeta disfrutaba de esa conexión y la devolvía con bienestar físico y emocional a sus habitantes. Se podría decir que el planeta mismo demostraba inteligencia viva, la misma que en otros planetas habitados por seres irracionales, como la Tierra, se tenía que inhibir por falta de conexión.

Sus habitantes eran eternamente felices. Sus cabezas eran muy grandes en comparación con el resto del cuerpo. Esa característica se debía al gran desarrollo cerebral que la evolución les había otorgado a esas criaturas. Eran cerebros con enormes capacidades. Sus conocimientos generales eran muy avanzados. Sin embargo, su desarrollo tecnológico era limitado. Así que no tenían naves con las cuales examinar el sistema interestelar ni armas ni lujos vistos en otros planetas. Ellos se limitaban a producir y crear solo lo que necesitaban. Esas necesidades se reducían a la supervivencia de su especie y de su planeta.

Por esta razón, estuvieron varias veces a punto de ser invadidos por civilizaciones de otras galaxias, que llegaban motivadas por la cantidad de recursos allí existentes y la pasividad de sus habitantes. Pero gracias a la sabiduría de la naturaleza, esas especies desistían de sus intenciones invasoras cuando se enteraban de que allí había algún elemento o materia que no les favorecía. Cuando la civilización RTX39 estuvo a punto de invadirlos, se dio cuenta de la existencia de volcanes que emitían un tipo de gases que a ellos, en particular, dañaba su estructura biológica. O cuando los seres provenientes de otra galaxia desconocida para los terianos salieron corriendo una vez encontraron entre su vegetación una planta de la cual resultaron alérgicos.

Así, los terianos se pudieron seguir sintiendo seguros dentro de su maravilloso planeta-hogar, y disfrutar de una vida llena de amor y calma.

Pero para su mala suerte fueron avistados por una civilización habitante de una galaxia cercana y que, a su vez, empezaba a desarrollar sistemas de navegación espacial. Era esta una raza de seres inteligentes, de cabeza pequeña que albergaba un cerebro apenas en desarrollo. No obstante, tenían la suficiente inteligencia para crear tecnología que los expulsaba al espacio interestelar, ávidos de conocimiento.

Esa raza vivía en un planeta más grande que Ter, pero similar en recursos naturales. Su nombre era Tierra. Sus habitantes, desde el inicio de la evolución, habían

demostrado salvajismo e irracionalidad. Parecía que la evolución de su capacidad cerebral solamente les daba la ventaja de crear tecnología, mas les limitaba la capacidad de generar conciencia e inteligencia emocional.

Así que entre eternas guerras por poder y dominación territorial, a veces por simple placer de hacer daño a su entorno, en otras por ambición, lograron ir desarrollando tecnología que, a la par con sus descubrimientos, les servía para atacar a sus semejantes y a su planeta con mayor efectividad.

Sus conocimientos les ayudaron, después de muchos años, a entrar en la carrera espacial y, más tarde, avanzar por el espacio explorando, primero, los planetas de su sistema solar y, luego, los planetas de los sistemas vecinos.

Su intención inicial era muy clara: explorar para aprender y descubrir. Pero a medida que descubrían estos mundos, se entristecían por no hallar en ellos vida como la suya, pues en medio de su ceguera, no podían ver que un planeta estéril y sin atmósfera formaba parte de la estructura universal que conectaba con toda clase de vida existente.

Un día sus potentes máquinas detectaron un planeta no muy lejano y que, por sus aparentes características, podría albergar la vida que ellos buscaban ansiosamente. Así que se dieron a la tarea de viajar hasta este pequeño planeta con la sana intención de explorar y descubrir.

Eran tan sanas sus intenciones que sus organizaciones políticas diseñaron un plan de derechos políticos para los habitantes de este planeta, y de otros que descubrieran en su carrera espacial. Hasta diseñaron protocolos de no intervención en las culturas por descubrir y de respeto absoluto por sus recursos. En fin, tan buenas eran sus intenciones que hasta desinfectaban sus naves para no llevar a los planetas bacterias del suyo y no contaminar su superficie.

Con todas estas medidas, se sintieron orgullosos de su avance y evolución de la otra parte de su naturaleza: la humana. Pero todo acabó cuando llegaron a Ter, pues la abundancia de recursos naturales y minerales les derrumbó su evolución humana y despertó de nuevo su instinto animal.

Dentro de la Tierra, la especie humana se perdió por varios años en guerras que casi devastaron la vida existente allí, todo con el fin de ganar a la fuerza el derecho de posesión de las riquezas de Ter. Tanta era su irracionalidad que descuidaron a sus pueblos y destinaron los recursos al desarrollo de tecnología para viajar a Ter y traer sus recursos. Nadie siquiera previó que cuando eso sucediera ya la población humana se habría reducido dramáticamente por cuenta de las guerras y el hambre.

A pesar de la superioridad tecnológica, la humanidad enfrentó enormes retos dentro de ese planeta desconocido. Por ejemplo, las enfermedades causadas por bacterias para las cuales el organismo humano

no poseía defensas, y que terminaron contaminando y exterminando por completo la tripulación de sus naves invasoras. Por fortuna para la raza humana, no alcanzaron a regresar vivos y esa enfermedad quedó aislada dentro de las naves o dentro de los cuerpos que murieron en la superficie de Ter.

Toda esa tragedia motivó a la humanidad sobreviviente a repensar su estatus en el universo. Se descubrieron tan frágiles y mortales como ningún otro organismo vivo. Tan afortunados de la ventaja evolutiva que se avergonzaron de su capacidad bélica desarrollada. Recuperaron la racionalidad y prometieron no volver a actuar así. Replantearon la forma de relacionarse con su mundo y sus riquezas naturales. Elaboraron nuevas medidas de control para los elementos del desarrollo o, al menos, para lo que ellos concebían como *desarrollo*. Les dieron paso a nuevos significados para la vida, la justicia y la convivencia entre humanos y demás especies.

Prometieron que ese acto de contrición, aunque similar a lo dicho luego de la Segunda Guerra Mundial, los conduciría efectivamente al verdadero cambio. Uno más allá de simples líneas escritas en papel, uno que se quedara impreso en el alma con marcas indelebles que les recordaran por siempre el valor de la memoria para no repetir jamás los errores del pasado.

*Esta obra
se terminó de imprimir
en febrero de 2022
en los talleres de
Coop Impresos.*

Medellín, Colombia.

MEMORIAS DE CAFETALES

Las historias comienzan con la reflexión de un inocente niño que concibe la vida como sagrada e inviolable. “¿Por qué los fusiles de la guerra no se dañan cuando matan personas?”, le pregunta a su abuelo. La pregunta misma y la posibilidad de que él pueda responderla marcan el punto donde se extravían los valores, la lógica y la razón, y se devela una realidad extraña e incomprensible, en la cual desfilan, una tras otra, las acciones en contra de la vida, como si fueran guiadas por el impulso destructivo y el deseo imparable de borrar todo vestigio de existencia sobre un planeta odiado.

Después, estos relatos discurren entre la emoción, el sufrimiento y la necesidad de visibilidad para que no se pierdan entre el polvo del olvido y la indiferencia, y que surjan desde aquellos campos y cafetales las memorias de vida, resiliencia y justicia.

Entonces, el café derramado sobre el suelo violentado podrá ser recogido con la promesa de que nunca más se repetirá la injusticia.



ISBN: 978-958-53929-1-5



9 789585 392915